

RIVADENEYRA EN BABILONIA

EXPERIENCIA, TRASFONDO Y RECUERDO DE UNA AVENTURA ESPAÑOLA

Joaquín María Córdoba Zoilo
Universidad Autónoma de Madrid

*“Los hombres que desaparecen jóvenes son vigorosos viajeros;
hacen de prisa un camino que unos hombres más débiles acaban a paso lento”*

François de Chateaubriand,
Memorias de ultratumba,
Libro XX, capítulo 11

ABSTRACT

Since the European interest in the Oriental antiquity grew, the ancient Babylon became a legend and an aim for scholars and travellers. During the XIX century, one of the most curious among them was Adolfo Rivadeneyra, a pioneer Spanish traveller of the Near Eastern regions. His publications, as well as the mud bricks with inscriptions that he brought with him -first Mesopotamian documents exhibited in the Archaeological National Museum-, witness to his significant contribution to this field.

RESUMEN

Desde el comienzo mismo del interés europeo por la Antigüedad oriental, Babilonia fue mito y objetivo de eruditos y viajeros. Durante el siglo XIX, uno de los más curiosos sería Adolfo Rivadeneyra, pionero español en Oriente y autor de interesantes libros, que trajo consigo ladrillos con inscripciones, primeros documentos mesopotámicos expuestos ya entonces en el Museo Arqueológico Nacional.

KEYWORDS

Journeys to Babylon, archaeology of Babylon, Rivadeneyra, Nabû-kudurrī-usur stamp bricks.

PALABRAS CLAVE

Viajes a Babilonia, arqueología de Babilonia, Rivadeneyra, ladrillos de Nabuconodossor / Nabû-kudurrī-usur.

INTRODUCCIÓN

El 5 de julio de 1895, la reina regente D^a María Cristina de Habsburgo inauguraba por fin el Museo Arqueológico Nacional, sito en el fastuoso edificio del Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales. Por vez primera, con tal ocasión se expusieron inscripciones cuneiformes traídas a España por uno de nuestros más singulares viajeros de todas las épocas: Adolfo Rivadeneyra¹. En aquel entonces, su nombre era aún bien conocido de cuantos amaban los viajes y la ciencia de Oriente, aunque poco a poco se fuera luego sumiendo en el olvido. Casi un siglo después, su recuerdo y su obra volverían de nuevo a fines de los ochenta y la década siguiente, gracias a estudios, ediciones y algunas exposiciones como la celebrada el año 1993², que recordaba la formación del museo y sus colecciones. Desde entonces, el reconocimiento del papel que Rivadeneyra

¹ A. Cabrera Infante.- “La inauguración del Museo Arqueológico Nacional en su emplazamiento actual”, en A. Marcos Pous (ed.).- *De gabinete a museo. Tres siglos de historia*. Ministerio de Cultura, Madrid 1993, 129-131. Vid. 129.

² J. Martí Oltra.- “Colección Rivadeneyra”, en A. Marcos Pous.- Op. cit. (1993), 370-371.

juega en la historia de nuestra ciencia sobre Oriente Próximo antiguo no ha dejado de crecer. Y así, hace ya tiempo que cualquier español que visite Babilonia, por fuerza ha de evocar sus libros y aventuras, sus estudios y exploraciones en Mesopotamia. Nos pasó también a quienes integrábamos la primera misión arqueológica española en Iraq, cuando en 1997³ y años siguientes, antes de marchar hacia Tell Mahuz (cerca de Kirkuk), rendíamos obligada visita a las ruinas de Babilonia. Pues bien, aquella misión pionera que habría de mantenerse hasta la guerra del año 2003, con las interrupciones y problemas del bloqueo impuesto a Iraq o los frecuentes bombardeos estadounidenses y británicos, contó siempre con el apoyo y la amistosa cooperación de Donny George Youkhana. En su recuerdo evoco ahora el de Rivadeneira en Babilonia, porque entre avatares y olvidos, la perenne presencia actual del viajero español en nuestra ciencia se me antoja hoy pareja a la que ha de ser la de Donny: la ausente presencia eterna de un hombre valiente, de un científico serio y comprometido, de un amigo entrañable que de forma distinta, pero no con menor intimidad que Rivadeneira, tan unido estará siempre con la primera misión española en Iraq.

1. ADOLFO RIVADENEIRA: VIDA Y CAMINOS ENTRE COLOMBO Y BABILONIA

A finales de junio del año 1869, el cónsul español Adolfo Rivadeneira (1841-1881), que en su viaje desde Ceilán a Damasco había querido desviarse hasta las ruinas de Babilonia, se vio sorprendido por los gritos de sus acompañantes: “¡Babel! ¡Babel!”. Y era que muy cerca, ante él, se levantaba una inmensa colina así llamada, primera de las muchas que habría de visitar más al sur, y bajo las que se ocultaban aún los antiguos palacios, murallas, templos y barrios de la ciudad. De aquel momento electrificante dejaría fresco relato en un libro ameno y enjundioso, el mejor quizás entre los pocos españoles dedicados a viajes por Mesopotamia. Pero la visita y jornadas de Babilonia apenas sí constituyeron breve experiencia en una vida asombrosa, cumplida en el corto lapso de cuarenta años. Y sin embargo, aquellos momentos, las páginas que los recuerdan y los ladrillos que allí tomó con destino al museo, bastan para que el nombre de Adolfo Rivadeneira esté unido para siempre a Babilonia y su legado.

Como su vida ha sido tan profunda y ampliamente tratada en los últimos años⁴, me parece ocioso insistir más aún sobre ella. Si acaso sólo abocetarla un tanto ahora y, naturalmente, seguir su ruta hasta Babilonia. Hijo de Manuel Rivadeneira, famoso editor de la monumental *Biblioteca de Autores Españoles*, su evidente capacidad natural, la voluntad paterna y una excelente educación adquirida en distintos países fortalecieron sus aptitudes políglotas y su curiosidad por el mundo, factores que le empujaron a buscar fortuna en la diplomacia. Ingresó muy joven en el servicio exterior, pues con veinte años sentaría plaza en el Consulado General de España en Beirut, a finales del año 1863.

³ Cuantos formamos aquellas misiones -Carmen del Cerro, Miguel Ángel Núñez Villanueva, Helios Sáinz Ollero, Teresa Fernández Pareja, Ana Bohigas Roldán, Cesar Marcelino Menasalvas, Julio Ordax San José, Isaac Martín Gutiérrez, Fernando Martín, Armando González Martín y yo mismo-, recordaremos siempre a Donny George con agradecimiento, admiración y sincero afecto. Siempre.

⁴ F. Escribano Martín.- *Adolfo Rivadeneira (1841-1882). Diplomacia, viajes y erudición en su redescubrimiento de Oriente*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 2001: “Adolfo Rivadeneira. La diplomacia al servicio del redescubrimiento científico y vital de Oriente”, *ISIMU* 5 (2002), 45-100; “Adolfo Rivadeneira, un diplomático español al servicio del estudio y del viaje a Oriente” *ARBOR* CLXXX, 711-712 (2005), 789-804; “Un gran viajero, arqueólogo y pionero en Oriente: Adolfo Rivadeneira”, en J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Die (eds.)- *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Ministerio de Cultura, Madrid 2006 op. cit. (2006), 153-161.

Comenzó allí a estudiar las lenguas de Oriente⁵, que irían acompañándole y ayudándole en sus múltiples destinos. Actuó como cónsul en Jerusalén (1864 y 1866) *in absentia* del titular, y como vicecónsul en Beirut en 1867. Desempeñaba tal destino cuando en noviembre del mismo año, un despacho ministerial le envió con igual rango al lejano Ceilán, a la ciudad de Colombo. Tras las rebeliones de 1817 y 1848, duramente reprimidas por los ingleses, la isla de Ceilán era entonces una tranquila colonia, donde las grandes plantaciones de café primero, tan pujantes aún durante el viceconsulado de Rivadeneyra, o las de té, hevea -de la que se obtiene el látex- y cocoteros después, propulsadas por los británicos, se convirtieron en negocios de altura que hicieron de Colombo un puerto comercial muy activo⁶. Pues bien, durante casi un año, Rivadeneyra acompañaría su meticulosa prestación del servicio diplomático que le competía, con la curiosidad e interés por las gentes, su cultura y el país de residencia que siempre le caracterizó. De sus paseos, visitas y estudios dejó escritas algunas páginas y cartas, publicadas en diarios oficiales y la prensa, o reunidas luego en los apéndices del libro que más tarde dedicaría a su viaje desde Ceilán a Damasco⁷.

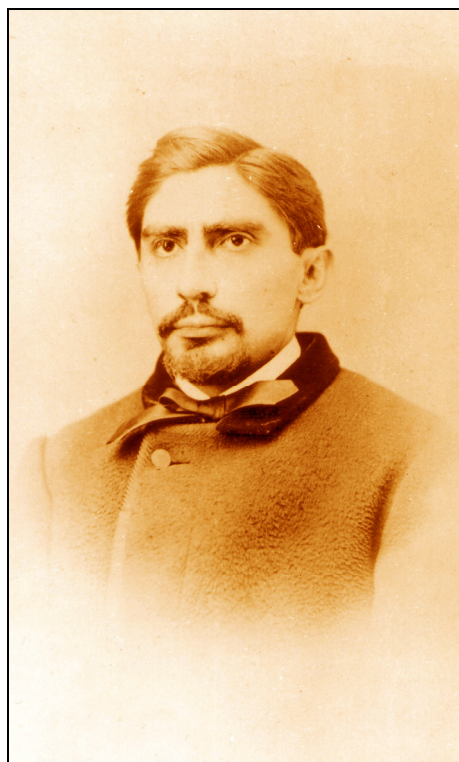


Fig. 1. Adolfo Rivadeneyra (1841-1882).
Biblioteca Nacional. Madrid, IH 7852-2
(en J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Díe,
eds., 2006, 202, n^o 54)

Bien integrado en la pequeña comunidad diplomática y europea, Rivadeneyra participó en cuantas ocasiones se le presentaron de conocer las costumbres de los

⁵ Dominaba ya con fluidez el francés, inglés, alemán e italiano, pero llegaría a hacerse igualmente con el árabe, el turco, el *farsí* y algunas más.

⁶ Bien es cierto que las grandes plantaciones y los cultivos inducidos desequilibraron la agricultura tradicional, obligando a que la isla tuviera que importar finalmente el alimento básico de su población, el arroz. Así, J. Sellier.- *Atlas de los pueblos del Asia Meridional y Oriental*. Paidós, Barcelona 2002, 72. Adolfo Rivadeneyra se hizo eco de la escasez de arroz -“*si hubo un tiempo en que lo exportaban, hoy día no basta al indispensable consumo de los naturales*”-, lo que estaba motivando la emigración de la población y el declive demográfico.

⁷ A. Rivadeneyra.- *Viaje de Ceilán a Damasco. Golfo Pérsico, Mesopotamia, ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira, y cartas sobre la Siria y la isla de Ceilán*. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid 1871. Recientemente: *Viaje de Ceilán a Damasco*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2006, edición, prólogo y notas de Fernando Escribano.

habitantes de la isla, su religión e incluso su lengua. En una especie de artículo o informe sobre la isla, publicado primero en la *Gaceta de Madrid*⁸, el vicecónsul español haría una amplia descripción de paisajes y geografía, ciudades, puertos, razas y profesiones, clima y temperaturas, recursos minerales, fauna, pesca, cultivos, comercio de importación y exportación, historia, literatura y lenguas. Resumido así parece un mero documento administrativo, pero al pasar sus páginas se entiende pronto que éstas hablan de algo vivido y recopilado pacientemente. Por eso sabemos la razón por la que la población estaba muy diseminada -“por el miedo que siempre han tenido aquí a los espíritus maléficos, el cual ocasiona repetidas mudanzas”⁹-, o la causa del desarrollo de Colombo, que no era sino su proximidad a la región montañosa del interior en la que se cultivaba el café. O escuchamos de la curiosa proporción de las razas -dominantes los cingaleses, pero muy abundantes también los tamiles-, de la abundancia de dugongos en sus costas y de las formas y usos de la pesca de perlas, que describe con viveza: “los botes destinados a la pesca de las perlas se dividen en ... escuadrilla roja y escuadrilla azul ... según el color de los mismos botes” ... “A las doce de la noche salen las escuadrillas de Manaar ...”¹⁰. En las mismas páginas trataba Rivadeneira de la riqueza vegetal, tanto la natural como la derivada de las plantaciones de cafetales, cocoteros y otras. También recordaba que griegos y romanos llamaron a la isla Taprobane, y los cingaleses Lanka: que sus primeros habitantes fueron los vedas, y que los cingaleses vinieron del Decan en torno al 543 a. C., como trescientos años después lo harían los tamiles. Que en 1505 llegaron los portugueses, en 1658 los holandeses, y que los ingleses la conquistaron finalmente en 1816. Propio de la curiosidad de Rivadeneira, en fin, es su aprecio por una obra clave de la literatura cingalesa, el *Maha-Vanso*, recopilación de antiguas crónicas escritas sobre hojas de talipot¹¹ -una especie de palma o palmera-, así como sus anotaciones sobre las lenguas habladas en la isla.

De notable interés es también el texto de una carta dirigida a su padre y fechada el 10 de mayo de 1868¹², en el que describe minuciosamente lo que había sido su viaje por mar hasta Ceilán y la ciudad de Colombo. Breves menciones a El Cairo y Egipto le llevan hasta la navegación por el Mar Rojo y su arribada a Adén, donde según escribe, se hallaban entonces los barcos que trasladaban la expedición inglesa enviada a Abisinia¹³: dejando su buque en el puerto, marchó en coche de caballos a la verdadera ciudad de Adén, en el interior, limpia, de calles trazadas a cordel y habitada por árabes, malabares y abisinios “que contribuyen a desvirtuar el lenguaje correcto de los naturales”¹⁴. Pero el motivo principal de su visita eran las cinco enormes cisternas talladas en la roca y todavía en uso, de 20 m de diámetro por 12 m de profundidad, que los oficiales ingleses decían remontarse a los romanos¹⁵. Hecho de nuevo a la mar, el 13 de febrero de 1868 alcanzó las costas de Ceilán, asombrado por la frondosidad de la vegetación, “el aire, el agua, la luz, el color”.

⁸ *Gaceta de Madrid* n° 2, de 2 de enero de 1869, p. 4; n° 3, de 3 de enero de 1869, pp. 3-4. A. Rivadeneira.- op. cit. (1871), 320; op. cit. (2006), 261-278.

⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 322; Op. cit. -edición de Fernando Escribano: a partir de ahora, FE-, (2006), 262.

¹⁰ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 332; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 270.

¹¹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 343; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 278.

¹² A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 345-362; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 279-290. Se decía entonces, Colambo.

¹³ La expedición iba contra el emperador Teodoro de Etiopía y en rescate de los rehenes que éste había tomado, entre los que se hallaba Ormuz Rassam, compañero de A. H. Layard en Nimrud tantos años atrás, en las excavaciones de Nimrud y Nínive. Véase J. Reade.- “Hormuz Rassam and his discoveries”, *Iraq* LV (1993), 36-62. Vid. 50-51. Más detalles sobre los sucesos de Etiopía y la actuación de O. Rassam en A. Moorehead.- “Los británicos en Etiopía”, capítulo V de su libro *El Nilo Azul*, Ediciones del Serbal, Barcelona 1989, 235-309.

¹⁴ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 348; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 281.

¹⁵ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 348; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 281.

Desembarcó en Galle y, a la mañana siguiente, acompañado de un silencioso monje budista, viajó en diligencia hasta la capital de la isla, Colombo. El antiguo e inexpugnable fuerte holandés y ya entonces inglés, el puerto, el barrio de pescadores, la playa ceñida por masas de palmeras cocoteras, el barrio comercial y el resto que, más que barrio, era una “*multitud de bonitas casas de campo, cubiertas por una sorprendente, increíble y variada vegetación*”, fueron imágenes que añadieron mayor intensidad aún a su sorpresa y admiración. La riqueza se palpaba en carruajes, caballos, larguísimas y anchas vías cubiertas, en la carísima y animada vida de unas gentes para las que “*fuera de las cinco o seis horas que se pasan en el Fort, dedicadas a los negocios, el resto del tiempo se invierte en convites, paseos o fiestas costosas*”¹⁶. Aunque, como luego añade, un tal tono parecía reservado a las familias inglesas de la isla, unas tres mil personas en total. Más moderados se manifestaban en su vida y viviendas los descendientes de portugueses y holandeses, no más de ocho mil. Sin ópera ni teatros, Rivadeneyra dice que las únicas distracciones posibles eran las deportivas, en las que participaba activamente, por ejemplo en las regatas organizadas por el *Regatta-Club*. Entre los naturales que habitaban Colombo menciona en su carta a los cingaleses, tamiles e indios, a descendientes de árabes y algunos parsis y maldivos, con “*religiones, costumbres, castas y preocupaciones diferentes*”¹⁷. Señala algunos rasgos de los budistas y sus creencias, las veinticuatro castas vigentes en Ceilán, desde los labradores -que formaban la primera- hasta la última, la de “*los desechados o escoria de las castas*”. Describe también el tipo físico de los varones cingaleses, sus peinados y vestidos, los de las mujeres y sus joyas, para terminar recordando a la comunidad católica, formada por *berguers* -así llamados los descendientes de portugueses y holandeses- e indígenas cingaleses, los cuales se decían epígonos de los convertidos por San Francisco Javier.

Color distinto tienen otras dos cartas dirigidas a su padre, de las que en una relata su visita al templo de Kalani, y en otra una procesión en Kandy, seguida de una partida de caza de elefantes. Por la primera¹⁸ sabemos que Kalani era una de las ciudades más antiguas de Ceilán, fundada en el siglo III a. C., en el mismo sitio donde había desembarcado Buda en la isla por primera vez. Acompañado de un amigo inglés, el Sr. Armitage, que quería sacar algunas fotografías, visitó el célebre santuario y observó atento la arquitectura y los ritos allí practicados. Igual curiosidad y atención manifestaría en su excursión a Kandy¹⁹, realizada a comienzos del mes de agosto. Sabemos por esta carta que estaba entonces estudiando el idioma del país, que dice tiene fuertes analogías con el sánscrito. De su viaje destaca la belleza de las arekas, los plantíos de canela y el ferrocarril que serpenteaba por las laderas de barrancos y precipicios hasta llegar a la ciudad de Kandy, “*último baluarte de la independencia de Ceilán*”²⁰. En el Templo del diente -según creencia asentada, se conservaba allí un colmillo de Buda- asistió a la procesión con sus sacerdotes y miles de fieles. Veinticinco elefantes abrían la marcha, seguidos de una especie de gigantes “*por el estilo de los que salen en diversas procesiones de España*”²¹, una numerosa comparsa de tambores, trompetas, flautas, platillos y bailarines de ambos sexos, el portador de la urna con el diente de Buda sentado en elefante lujosamente enjaezado y, detrás, los cuatro superiores de los templos consagrados a Visnú, Nata, Katragamba y Petany sobre sendos elefantes. Invitado por un hacendado inglés, llamado Cheape, tuvo ocasión de conocer por dentro una gran plantación de café y

¹⁶ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 352; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 283.

¹⁷ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 355; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 285.

¹⁸ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 363-370; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 291-296.

¹⁹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 371-384; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 297-306.

²⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 373; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 298-299.

²¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 375; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 300.

disfrutar su espléndida hospitalidad. Estando allí, tuvieron noticia de una cacería de elefantes que planeaban algunos propietarios, empresa en la que participó y que describiría luego con todo detalle.

Afincado pues en Colombo y cumpliendo con sus obligaciones -que incluían prestar atención al comercio y a los productos que pudieran ser rentables a nuestro país²²-, en el curso del mes de diciembre recibió despacho de Madrid, de 25 de noviembre, por el que se le nombraba vicecónsul de España en Damasco. Tras el oportuno acuse de recibo y el nombramiento oficial, entregó su puesto de Ceilán el 12 de mayo de 1869, y el 1 de agosto tomaba posesión de su nuevo destino en el corazón de Siria²³. Entre estas dos últimas fechas llevó a cabo un tremendo y fatigoso viaje, en el curso del cual cruzó océanos y mares, navegó grandes ríos y cabalgó durante miles de kilómetros a través de llanos, estepas, desiertos y montañas. De aquella aventura saldría su primer libro, *Viaje de Ceilán a Damasco* (1871), con el que seguiremos lo que fue su trayecto hasta Damasco y conoceremos de su visita a Babilonia.

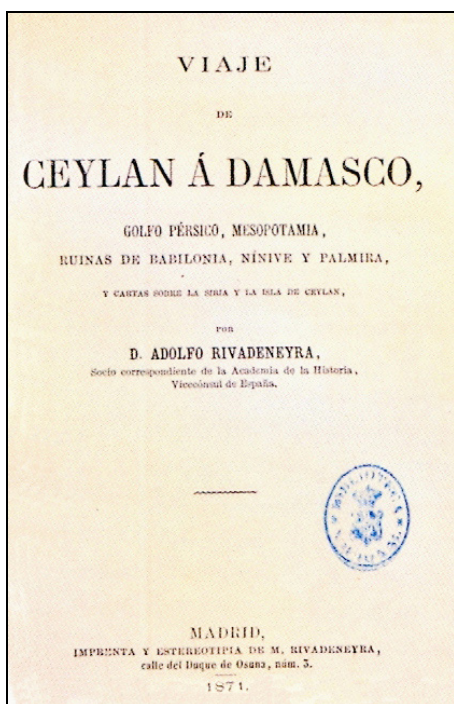


Fig. 2. Portada de la primera edición del *Viaje de Ceilán a Damasco*, Madrid 1871 (en J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Díe, eds., 2006, 202, n^o 55)

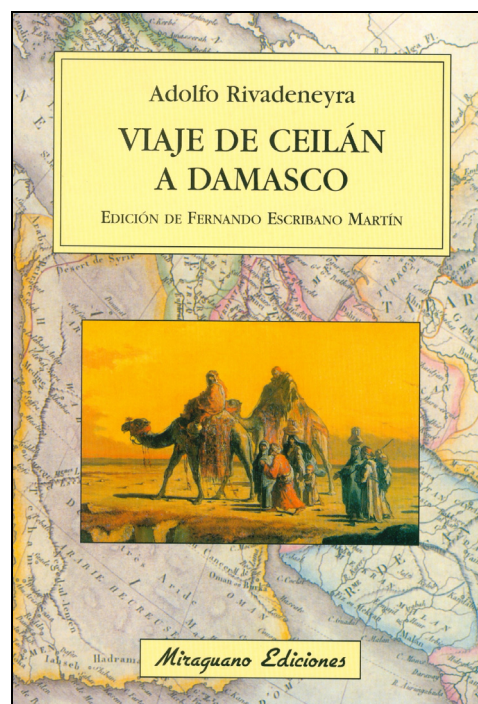


Fig. 3. Edición moderna del *Viaje de Ceilán a Damasco*, Madrid 2006, a cargo de Fernando Escribano Martín

Si consideramos mapas y distancias, lo primero que llama la atención es que Adolfo Rivadeneira decidiera tomar una ruta tan trabajosa y llena de peligros reales. En su lugar, y aunque largo aún²⁴, cualquier otro diplomático habría preferido navegar en los cómodos buques de línea británicos entre Ceilán, Bombay, Lisboa y Londres o Marsella, y de allí quizás, en otros franceses hasta Beirut. Pero como escribiría en el prólogo de su libro, la idea de viajar por el Golfo Pérsico y Mesopotamia se la debía a su padre, que la había acariciado sin conseguir llevarla a cabo. También, sin duda, se la debía a su innato espíritu

²² A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 339; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 275.

²³ Para todas las circunstancias administrativas del proceso, véase F. Escribano, estudio de introducción a A. Rivadeneira.- Op. cit. (2006), 18 y 28.

²⁴ Faltaba muy poco, pero el canal de Suez -a cuya inauguración asistiría Rivadeneira-, no estaría operativo hasta finales de aquel mismo año de 1869.

de curioso explorador, a su valeroso carácter y su voluntad de ver por sí mismo las cosas y el mundo. Y, en fin, porque, como escribe además, su deseo de hacerlo y de narrar la empresa tenía que ver con nuestra dependencia de los libros de viaje extranjeros, entonces casi siempre franceses, obras que “*no brillan por exactas, y retratan demasiado el carácter impresionable de sus autores*”²⁵. Quiso también por ello ser breve, narrar lo visto y no ostentar erudición. Y, en verdad, su relato es de una concisión y amenidad tal que se lee con fruición y en corto tiempo, aunque a la postre nos demos cuenta de la enorme cantidad de noticias y experiencias sobre el pasado y el presente vividas por el autor, por él trasladadas con escueta sencillez. Así que gracias a todas estas virtudes de curiosidad y probado valor podemos leer en su libro una de las más vivas descripciones de las ruinas de Babilonia, donde no hacía ni dieciséis años que Fulgence Fresnel, Jules Oppert y Félix Thomas habían luchado inútilmente por desentrañar la imagen y la remota historia de tan legendaria ciudad, entre colinas artificiales y montañas de escombros ininteligibles²⁶.

Con ligerísimo equipo guardado en un saco de viaje -“*dos camisas de lana, cuatro pares de calcetines, pañuelos de seda, toalla, jabón, las obras de Heródoto, en un tomo, y un libro de asiento, con notas de diferentes autores acerca de los países que proyecto recorrer*”²⁷, un gabán al brazo, tocado con lo que llama un sombrero de *timsim* (es decir, un salacot) y doscientas libras esterlinas discretamente ceñidas al cuerpo, se embarcó a la medianoche del día 18 de mayo de 1869 rumbo a Bombay. Cinco días después alcanzaba a ver el panorama de la ciudad y su puerto, lleno de buques, como emporio que era del comercio. Le pareció una gran ciudad europea, con sus más de ochocientos mil habitantes, con un centro “*parecido al de los mejores barrios de Milán o Trieste*”²⁸ y barrios enormes alrededor, en cuyo dédalo de larguísimas calles vivía la población local. Mucho le llamó la atención la variedad de gentes y trajes que llenaba las vías, pues junto a la inmensa mayoría de indios repartidos en castas -“*que se reconocen en el color y manera de ponerse los turbantes y bonetes*”²⁹-, había musulmanes (?), iraníes, judíos, ingleses, árabes, chinos y africanos. Paseando aquí y allá, cerca del templo dedicado a Visnú, asistió a una procesión encabezada por las cortesanas del templo, las “*deva-dassis (esclavas de los dioses)*”³⁰, lo que aprovecha para comentar sus danzas y extraños ritos. Pero durante su estancia en la ciudad, más atención aún le despertaron los parsis, adoradores del fuego, “*raza bellísima, de abundante barba, y muy inteligente*”³¹. Dice de ellos que hablaban entonces el guzaratti, habiendo dejado el antiguo persa restringido a sus ceremonias religiosas.

En aquel Bombay bullicioso destaca una universidad pareja a las europeas, con su biblioteca y su museo: señala también la existencia de un observatorio, un excelente jardín botánico y sociedades literarias, de medicina, geografía y asiáticas. Se asombra de la riqueza y la vitalidad que denota el activo comercio, de que en su puerto sólo se viera el pabellón inglés y de que la vida material no fuera cara.

Además de conocer bien la ciudad, Rivadeneyra visitó cuanto de sus alrededores consideró digno de atención y, tras informarse de los templos y la isla de Elefanta, que eran los más antiguos, aun considerando lo difícil que eran de ver por lo insalubre de la región en la que estaban, supo hallar quien le acompañase. Tras una corta navegación desembarcó en la isla, subiendo luego las ascendentes graderías y explanadas hasta llegar al

²⁵ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), VII; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 59.

²⁶ N. Chevalier.- “Les fouilles archéologiques françaises au XIXe siècle”, en B. André-Salvini (ed.).- *Babylone*. Musée du Louvre Éditions, Paris 2008, 513-515 y 537-539.

²⁷ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 2; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 64.

²⁸ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 4; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 65.

²⁹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 5; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 65.

³⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 8; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 67.

³¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 9; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 67.

sorprendente complejo excavado en la roca, con sus fachadas, capillas, columnas, esculturas, un verdadero “*prodigio de arquitectura cóncava*”³². Sobre la época precisa de su construcción añade que, en las obras que había consultado, no había hallado referencia precisa alguna: desde 2.500 años a sólo nueve siglos. Tal imprecisión, dice, era “*una de las circunstancias que más han contribuido a cautivar mi admiración*”³³. Hoy sabemos que fueron tallados a mediados del siglo VI d. C.³⁴.

A los seis días de estar en Bombay pudo embarcarse de nuevo y continuar viaje, navegando a partir de entonces en un buque de la *British India*, que cubría quincenalmente la ruta entre Bombay y Bashra³⁵. En cabotaje siguió la nave el rumbo norte/nordeste haciendo alto en Karachi, capital del Sind, teniendo luego a la vista y a estribor la costa del Baluchistán, en “*la misma derrota del famoso Nearco*”³⁶, un paisaje montañoso y lúgubre a su decir hasta la bahía de Gwadar, que otrora había dependido del señor de Mascate. Desde allí volvieron a bajar al trópico y, en treinta y tres horas de navegación por el Mar Árabe alcanzaron la costa de Omán, a la altura de la agreste área de Mascate, “*ciudad donde campean juntas hoy la desolación y la ruina*”³⁷. Rivadeneira cuenta luego los sucesos que habían llevado al poder al *wahhābī* “*Feysul*”, que con tenacidad sin par estaba imponiendo la más estricta imagen del Islam, haciendo declinar al tiempo la vitalidad de la antigua población y la riqueza de la ciudad, al imponer un rigor extraño a sus costumbres. Adolfo Rivadeneira se extiende narrando los orígenes y la historia de tan estricta interpretación del Islam, indicando que se remite “*a la obra del concienzudo Pulgrave (sic), que recorrió el Neched siete años atrás*”³⁸. En Mascate, Rivadeneira visitó al residente británico, acompañado por un coronel turco con el que compartía el viaje, y que años atrás había conocido al inglés³⁹. Día y medio en Mascate le darían tiempo para pasear y entablar conversación con los naturales omaníes en algún café, gentes que rechazaban el dominio y el rigor de los *wahhābīs*.

Llamado a bordo con precipitación, pues la nave no se hizo a la mar hasta un día después, pusieron al fin rumbo hacia Bandar-‘Abbās. Siguieron caboteando la costa de Omán, y tras dejar a babor la isla de Ormuz, a las 13 horas del día 7 de junio del año 1869 arribaron a Irán, atracando en el puerto de Abbās, llamado así en memoria del gran *shāh* ‘Abbās (1588-1629), que se lo arrebató a los portugueses a principios del siglo XVII⁴⁰.

³² A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 16; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 71.

³³ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 18; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 72.

³⁴ Las cuevas más tempranas son las de Lomas Rsi, del siglo III a. C. Las más famosas, los monasterios budistas de Ajanṭā, de finales del siglo V d. C. El gran templo de Siva, en la isla de Elephanta, es de mediados del siglo VI d. C. Así, J. C. Harle.- *Arte y arquitectura en el subcontinente Indio*. Ediciones Cátedra S. A., Madrid 1992, 133-136.

³⁵ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 19-42; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 73-85.

³⁶ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 22; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 75.

³⁷ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 23; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 75.

³⁸ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 24; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 76. William Gifford Palgrave (1826-1888) viajó por el corazón de Arabia entre 1862 y 1863, siendo autor luego de un libro fascinante: *Personal Narrative of a Year's Journey through Central and Eastern Arabia (1862-1863)*. En su capítulo sobre W. G. Palgrave, Robin Bidwell cita una edición fechada en 1865, que debió ser la que conocía A. Rivadeneira. Yo he consultado la publicada por Macmillan and Co., London 1873. Así, R. Bidwell.- *Travellers in Arabia*. Hamlyn Publishing Group Ltd., London 1976, 74-83: sobre la edición de referencia, 81. Consúltese igualmente: M. Mañé Rodríguez.- “La península de Omán y las costas árabes del Golfo Pérsico en los viajeros europeos del siglo XIX”, en J. M^a Córdoba y otros (eds.).- *El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 2001, 17-30. De la misma, “Viajes y viajeros a Oriente - William G. Palgrave”, *Hojas del Seminario Walter Andrae* 2 (1999-2000), 1.

³⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 26-27; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 77.

⁴⁰ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 31; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 79. La corona de España y Portugal - al menos hasta la rebelión de 1640-, que mantenía relaciones de mutuo interés con el poder safaví desde mucho tiempo atrás, envió en 1614 y por orden de Felipe III, precisamente para prever la inminente cuestión

Habiendo trabado amistad con dos persas de Būshir, embarcados en Mascate, amigos del gobernador de la ciudad de Bandar-‘Abbās, visitó la misma y sus alrededores. Siguió luego viaje hasta Linga (¿Bandar-e Lengeh?), “*muy bonito puerto del montañoso Laristán*”⁴¹, donde no llegó a desembarcar, reanudándose pronto la navegación rumbo a Būshir, en un trayecto dificultado por el viento noroeste y el asfixiante calor. Llegados al fin a su primer destino, desembarcó allí Rivadeneyra, a la espera del próximo vapor rumbo a Bagdad, pensando aprovechar la obligada pausa para visitar Persépolis en el interior. Pero informado de lo difícil que parecía ir y volver a la región de Shīrāz en tan solo dos semanas, cejó por esta vez en su empeño de alcanzar a ver las ruinas de la ciudad de Darío. Tras una breve descripción del puerto iraní por excelencia del Golfo Pérsico, así como una reflexión sobre el inteligente dominio inglés de aquel punto estratégico y la región, cuenta que el viernes a las 6 de la tarde volvieron a embarcar, con la esperanza de llegar a Bashra en veinticuatro horas. Pero las condiciones del viento retrasaron la marcha: mientras, Rivadeneyra iba anotando sus impresiones sobre los bancos de arena del Shatt al Arab, la barra y las bocas del río, las islas de Fao y Abadán, hasta que su buque alcanzó al Bashra o Bassora, “*antes próspera y floreciente ciudad*”⁴².

En las páginas que dedica a la ciudad iraquí, A. Rivadeneyra recuerda su opulenta riqueza en época de los califas, decaída entonces hasta tal extremo que sólo dos cosas le llamaron la atención: “*el gran número de casas derruidas y el aspecto enfermizo y sombrío de sus pobladores*”⁴³, afectados por el paludismo y la degradación del entorno. Dos días permaneció en la ciudad, en compañía de unos cristianos caldeos. Por fin, el 14 de junio se embarcó en un vapor de la firma Lynch de Bagdad, que “*bajo un cielo despejado y risueño*” navegó por las aguas del “*caudaloso Shatt al Arab*”⁴⁴. En Qurnah, punto de unión del Tigris y el Éufrates, la nave permaneció atracada casi un día. Luego, el buque se adentró por las aguas del Tigris, legendario río de cuyo nombre habla, y cuyo curso comprueba que era muy rápido pero menos tortuoso que el Éufrates. Fueron navegando río arriba, y A. Rivadeneyra describiría después minuciosamente los paisajes, las gentes o las escenas que más llamaron su atención, como una caravana de más de dos mil camellos que alcanzó a ver, y ruinas extrañas o singulares, como las de “*Ctesifon, llamadas por los árabes Tak-Kasra, esto es, arco de Cosroes, mole inmensa, que sobrevive sola*”⁴⁵. A su altura atracó el capitán, no tanto por el español cuanto por el deseo que manifestaron varios

de Ormuz y otros puntos en litigio, una embajada encabezada por García de Silva y Figueroa, autor póstumo de uno de los más importantes libros de viaje sobre Irán de todas las épocas, sus famosos y fascinantes *Comentarios* (Madrid, 1913-1905). El español tuvo que sufrir sabotajes sin cuento a cargo de las autoridades portuguesas, que veían mal que un castellano fuera responsable de tal embajada: *nihil novum sub sole*. El desesperado embajador sólo pudo alcanzar a ver al *shāh* ¡cuatro años después!, y por la misma razón tardó no menos en poder embarcarse rumbo a España, teniendo la mala fortuna de morir en su tan postergado viaje de vuelta, anciano, enfermo y cansado de tan inútil lucha. Sobre el embajador y su viaje: L. Gil (ed.).- *García de Silva y Figueroa. Epistolario diplomático*. Institución Cultural El Brocense, Cáceres 1989; C. Alonso.- *D. García de Silva y Figueroa. Embajador en Persia*. Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz 1993; J. M^a Córdoba.- “Algunas notas sobre Don García de Silva y el descubrimiento del Oriente a comienzos del siglo XVII”, en J. Mangas y J. Alvar (eds.).- *Homenaje a José María Blázquez*. Ediciones Clásicas, Madrid 1994, vol. I, 353-361. Desde hace poco, es obra de referencia el volumen a cargo de R. M. Loureiro y V. Resende (eds.).- *Estudos sobre Don García de Silva y Figueroa a os «Comentarios» da embaxaída à Pérsia (1614-1624)*. Universidade de Lisboa, Lisboa 2011. Sobre las relaciones hispano-iránicas: L. Gil Fernández.- *El imperio luso-español y la Persia safávida*. Fundación Universitaria Española, Madrid 2006. Respecto al Irán safaví y la época de ‘Abbās, R. Savory.- *Iran under the safavids*. Cambridge University Press, Cambridge 1980; Sh. R. Canby.- *Shah ‘Abbas. The Remaking of Iran*. The British Museum Press, London 2009.

⁴¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 35; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 82.

⁴² A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 40; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 85.

⁴³ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 41; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 85.

⁴⁴ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 43; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 87.

⁴⁵ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 52; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 92.

viajeros musulmanes de visitar la tumba de Sulaymán, barbero de Mahoma⁴⁶. Pero Rivadeneira aprovechó la ocasión, y acompañado de un rico comerciante de Būshir, llamado Husayn, se acercó a las ruinas de Ctesifonte, inmenso arco *iwān* y fachada, tan dibujado por tantos otros viajeros del pasado, que midió con tino y describe lleno de admiración, con detalles tales como la medida de sus ladrillos de “25 centímetros de cuadro por cinco de grueso”⁴⁷. La que consideró, con acierto, portada del palacio de Cosroes⁴⁸, era el único resto aún visible de la ciudad. Casi enfrente, al otro lado del río, recuerda Rivadeneira que se ve Seleucia, “pero no hay absolutamente nada que admirar más que montículos de ladrillos pulverizados”⁴⁹.

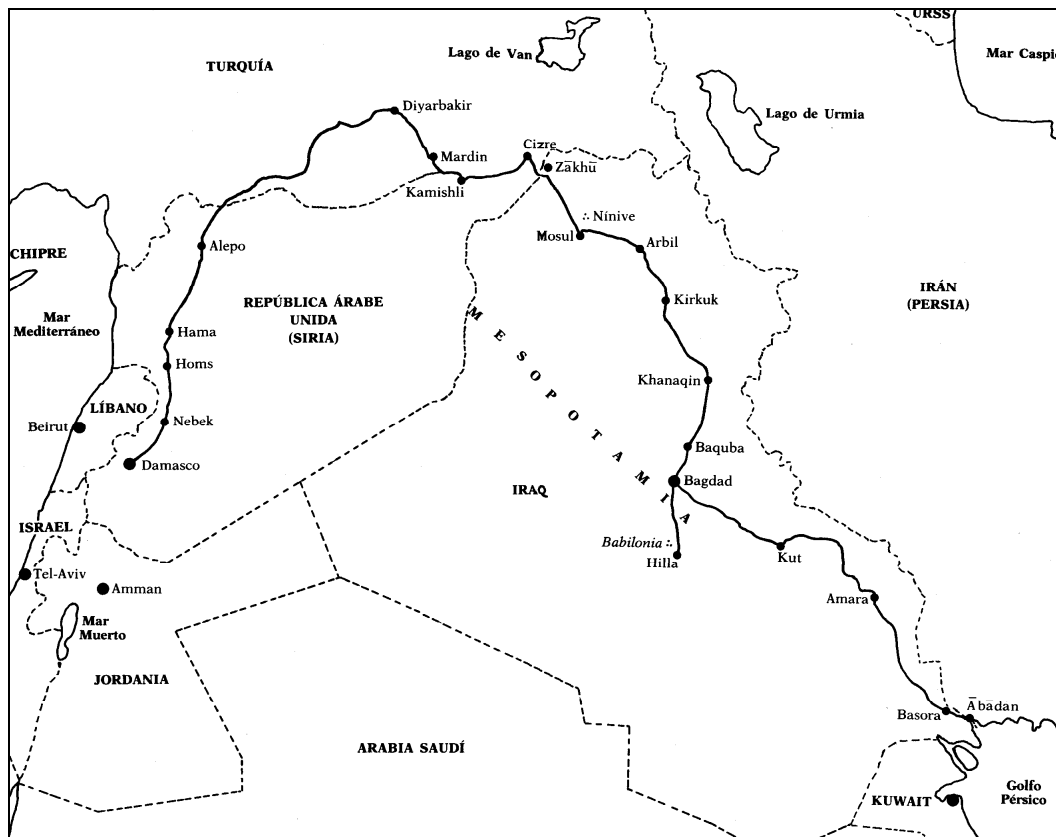


Fig. 4. Mapa del trayecto seguido por Rivadeneira, entre Bashra y Damasco (en A. Rivadeneira, *De Ceilán a Damasco*, edición de L. Litvak, Laertes S. A. de Ediciones, Barcelona 1988, delante de p. 161)

⁴⁶ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 52; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 92.

⁴⁷ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 55; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 93.

⁴⁸ Tal comprobarían luego las excavaciones alemanas: así E. Kühnel y F. Wachsmuth.- *Die Ausgrabungen der zweiten Ktesiphon Expedition 1931/32*, Islamische Kunstabteilung der Staatlichen Museen, Berlin 1933. También D. Huff.- “Architecture sassanide”, en B. Overlaet (coord.)- *Splendeur des Sassanides*. Musées royaux d’Art et d’Histoire, Bruxelles 1993, 45-61. Vid. 52. N. N. Chegini y A. V. Vitkin.- “Sassanian Iran - Economy, Society, Arts and Crafts”, en B. A. Litvinsky (ed.)- *History of civilizations of Central Asia. Volume III. The crossroads of civilizations: A.D. 250 to 750*. UNESCO Publishing, Paris 1996, 35-77. Vid. 40-41.

⁴⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 56; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 94. Iniciadas durante los años sesenta del siglo XX, las excavaciones italianas verificarían las dificultades del trabajo en la antigua ciudad greco-oriental. Así G. Gullini.- “Gli scavi italiani a Seleucia e Ctesifonte”, *Oriens Antiquus* 6:2 (1967), 307-315. Una aproximación más reciente: V. Messina, “Seleucia al Tigris”, en V. Messina (coord.)- *Sulla via di Alessandro. Da Seleucia al Gandhara*. Silvana Editoriale / Fondazione Torino Musei, Milano e Torino 2007, 107-115.

Embarcados de nuevo, el capitán mandó continuar río arriba a toda máquina, anotando el viajero español que, poco a poco y por múltiples indicios, empezó a hacerse sentir la proximidad de la ciudad de Bagdad, asombrándole cosas como las embarcaciones fluviales utilizadas por los naturales “*de la misma forma que las usadas por los asirios*”, es decir, unos “*como cestos de dos metros de diámetro*” ... “*mimbres y cubiertos de betún*”⁵⁰.

Por fin, a las 9 de la noche, exactamente un mes después de haber partido de Ceilán, Adolfo Rivadeneyra llegó a Bagdad. Recibido y alojado por amigos de uno suyo muy cercano, el viajero español se sentía bien, satisfecho y deseoso de visitar cuanto antes las ruinas de Babilonia. Pero antes quiso conocer Bagdad. Desconfiando de lo que pudiera hallar -“*no entré con grandes ilusiones*”⁵¹-, tras los pasos conquistadores de mongoles, persas y turcos, se adentró en su corazón. El Bagdad de Rivadeneyra estaba cortado en dos partes desiguales por el Tigris, unidas por un puente de lanchas de unos doscientos metros: la mayor y fortificada al este, y un mero arrabal menor al oeste. Las mezquitas le parecieron lo principal y, después, el gran bazar “*con grandes casas de baños y muchos cafés*”, donde le impresionó esencialmente el bazar de los libreros “*por el silencio religioso que guardaban cuantos allí escriben, copian o se ingenian en iluminar portadas*”⁵², compartido por quienes buscaban sus lecturas.

Por lo demás, una gran parte del territorio abrazado por las murallas estaba lleno de escombros o era tierra de labor y cementerios, destacando tan solo el sepulcro de Sitta Zubayda, esposa de Hārūn al-Rašīd, no tanto por el monumento en sí, “*bien mezquino por cierto, sino por el personaje que recuerda*”⁵³. Como edificios notables señaló únicamente el serrallo y la casa del embajador inglés. Indicaba también Rivadeneyra que la población estaba compuesta de árabes *šītes*, sunnīs y cristianos de diversos ritos, judíos, unos diez mil persas, afganos y árabes no iraquíes, unos treinta mil indios y una docena de europeos. En su opinión, las posibilidades de la ciudad venían marcadas por una cierta riqueza comercial, basada en su posición geográfica, al otro lado del desierto, cruzada por un caudaloso río y bien comunicada con Irán. Sus principales artículos eran las lanas lavadas o sin lavar, un vegetal usado en narguilé, dátiles, nuez moscada, goma tragacanta y un tipo de añil que recibía importado desde el Indo. Se añadía a esto un activo movimiento de mercancías de todas partes y tipos, que aprovechaban el paso anual de los peregrinos persas. Como productos de elaboración propia recuerda en su libro los kefiyes bordados en oro, “*que se esparcen por Turquía y son muy estimados*”⁵⁴, y aguardiente de dátil.

Un día, el coronel turco Messud Bey, compañero de viaje con el que había trabado amistad, le llevó a conocer al “*valy, especie de virrey de toda Mesopotamia*”⁵⁵, entonces Mithad Bajá, hombre enérgico y deseoso de emprender todo tipo de reformas en la ciudad y el territorio de Iraq. Les recibió amablemente, aprovechando la tertulia para exponerles sus proyectos principales para la mejora de las comunicaciones y la salubridad pública. En fin, su relato sobre Bagdad acaba evocando las desgracias sufridas por la ciudad y sus gentes: “*por más que busco, nada encuentro de antiguo, sino el plateado Tigris*”⁵⁶. Si acaso, un alminar restaurado, armas antiguas en el arsenal y poco más. El recuerdo de algunos de los horrores que la afectaron, como la destrucción llevada a cabo por Hulagu en 1258, la de Tamerlán después, las guerras turco-persas y los asaltos de 1623 y 1628 son algunas de las que cita. Omite, por cierto, una de las más recientes y dañinas, la gran inundación y plaga del año 1831, que arrasó más aún la ciudad y sus alrededores, y que

⁵⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 57; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 95.

⁵¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 59; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 97.

⁵² A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 62; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 99.

⁵³ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 63; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 99.

⁵⁴ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 71; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 103.

⁵⁵ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 72; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 104.

⁵⁶ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 77-78; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 107.

conocemos con detalle gracias a los recuerdos de un misionero anglicano que la sufrió, apellidado Groves⁵⁷. Con todo esto acaba el capítulo dedicado a la ciudad de Bagdad, pero como estando en ella -escribe-, era imposible no sentirse impulsado “*a visitar los restos de la insigne Babilonia*”⁵⁸, el 27 de junio de 1869, a las seis de la tarde, cruzó el Tigris y salió por la puerta que llamaban de las Tinieblas, camino de la antigua capital de Nabucodonosor, a caballo y acompañado por un guía y una pequeña escolta.



Fig. 5. Transporte de cadáveres hacia las ciudades santas (en L. Trümpelmann Zwischen Persepolis und Firuzabad, Philipp von Zabern, Mainz 1991, fig. 5)

Fuera ya de Bagdad, el viaje a caballo por las pistas de un país, entonces desolado, no estaba exento de sorpresas y peligros. Cabalgó hacia el sur por una “*comarca desértica y llana como la palma de la mano*”⁵⁹. Tras haberse unido a unos mercaderes que marchaban hacia Hilla, la pequeña caravana se cruzó en la noche con otra de persas muy especial, pues desde Isfahān iba con “*treinta y tantas caballerías cargadas de cadáveres que llevaban a enterrar en Karbala*”, según costumbre de muchos *šīes*, que quieren tener su último descanso junto a las tumbas de ‘Alī y Husayn. Rivadeneyra escribe que hubiera querido interrogar a los conductores de tan singular caravana, pero el olor de dos recientes fallecidas, cuyos cuerpos habían recogido a su paso por Bagdad, era “*tan fétido, que para no caerme del caballo piqué espuelas y dejé atrás aquel cementerio ambulante, harto pensativo en las usanzas humanas*”⁶⁰. A las nueve de la noche paró media hora en el *jān* de Muhammudiyat, donde observó la forma de amasar y cocer el pan, describiéndola con minuciosidad. Otra vez a caballo, nueva parada en el *jān* de Huswa a las doce de la noche, donde tomó leche de camella “*de manos de unas beduinas que despertaron con el ladrido de los perros, centinelas de sus tiendas*” y, a las cinco de la madrugada alcanzó el *jān* de Mahāwil. Aunque éste era el lugar más adecuado para descansar, temiendo perder las horas de la mañana, únicas posibles para la marcha en aquella estación, siguió adelante “*con dos*

⁵⁷ S. Lloyd.- *Foundations in the Dust*. Thames and Hudson, London 1980, 78-81. Se decía que sólo en las calles de Rusafah habían perecido casi cien mil personas.

⁵⁸ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 83; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 111.

⁵⁹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 84; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 111.

⁶⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 85; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 112.

*beduinos, conocedores del terreno objeto de mi curiosidad*⁶¹. Continuó, pues, su ruta hacia el sur sin descanso, y pronto, tras cruzar dos arroyos secos y salvar los declives de lo que le pareció un foso, “*todos a una señalaron un gran montículo que enfrente de mí, a lo lejos, se alzaba; y repetidas voces exclamaron: ¡Babel! ¡Babel!*”⁶².

2. EL MITO DE BABILONIA Y LAS POSIBLES LECTURAS DE RIVADENEYRA

Para cualquier persona cultivada de la segunda mitad del siglo XIX, Babilonia era una evidencia histórica y un mito cultural, evocado ya con cierta frecuencia por las artes y las ciencias. Los decorados para obras teatrales y óperas, como los de Charles Percier de 1802 para la tragedia de Voltaire, *Semíramis*, dibujaban una Babilonia muy curiosa: lo mismo que el palacio de Baltasar, ideado en Milán por Alessandro Sanquirico en 1827, para decorar la ópera de Rossini, *Ciro in Babilonia*⁶³. Aquellas escenografías fastuosas encontraban su reflejo en el tenebroso y magnífico lienzo de John Martin, *La caída de Babilonia* (1819) -conocido en toda Europa gracias a un aguafuerte de 1831-, cuadro que imaginaba una ciudad que, al decir de S. Allard, manifestaba la influencia del libro de Claudius James Rich⁶⁴. Incluso en las páginas de no pocas obras literarias de entonces, como en algún poema de Heinrich Heine o en relatos de Gustave Flaubert o Villiers de l'Isle Adam, Babilonia proyectaba el poderoso atractivo de su mito o el reflejo más prosaico, pero no menos impresionante, de sus aún parvos hallazgos⁶⁵. Ahora bien, con los descubrimientos de las ciudades asirias durante los años cuarenta y cincuenta de aquel siglo, o con los fallidos y simultáneos intentos de conseguir lo mismo en Babilonia, aquel mundo enclavado en el corazón físico e intelectual de Oriente empezó a ganar en exotismo a la maniática egiptomanía europea, siendo cada vez más objeto de consideración en el teatro o la pintura⁶⁶. Los textos bíblicos y las fuentes clásicas, mezcladas con la información aportada por la primera actividad científica en Iraq fortalecían el mito de Oriente y Babilonia⁶⁷, lo mismo que las traducciones de Jules Oppert sobre las inscripciones halladas en la ciudad reconstruían la realidad del pasado, corroborando que Babilonia había sido un foco principal de la historia mesopotámica⁶⁸.

Quizás por eso, al menos en parte, las primeras líneas que el 1 de julio escribió en Hilla, recordando la repentina aparición de las ruinas, poseen un fuerte sentimiento romántico y literario, pues dice que electrizado por aquellas exclamaciones vio levantarse ante sí gigantescas murallas y enormes fortalezas, oyó resonar las herramientas de millones de artífices constructores de los palacios de Semíramis, puentes, galerías subterráneas, desviando ríos o esculpiendo estatuas. Incluso se imaginaba a Nabucodonosor arrastrando a reyes, pontífices y profetas, las embestidas de Ciro, las iras devastadoras de Darío y

⁶¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 88; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

⁶² A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 88; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

⁶³ S. Allard.- “Babylone au théâtre”, en B. André-salvini (ed.).- *Babylone*. Hazen / Musée du Louvre Éditions, Paris 2008 (a), 476-481. Vid. 478-479.

⁶⁴ S. Allard.- “Deux figures de la transgression: Sémiramis et Nabuchodonosor”, en B. André-Salvini (ed.).- Op. cit. (2008) (b), 489-497. Vid. 489.

⁶⁵ V. Haas.- “Die literarische Rezeption Babylons von der Antike bis zur Gegenwart”, en J. Renger (ed.).- *Babylon*. Colloquien der Deutschen Orient-Gesellschaft (CDOG), band 2 / SDV Saarbrücker Druckerei und Verlag, Berlin 1999, 523-552. Vid. 533-534 y 534-535.

⁶⁶ S. Allard.- Op. cit. (2008) (a), 476.

⁶⁷ J. M^a Córdoba.- “«Expugnata Babylon» La recreación artística de un hecho histórico”, en A. J. Domínguez Monedero y G. Mora Rodríguez (ed.s.).- *Doctrina a magistro discipulis tradita. Estudios en homenaje al profesor Dr. Luis García Iglesias*. Universidad Autónoma de Madrid. Ediciones UAM, Madrid 2010, 455-480.

⁶⁸ J. Renger.- “Babylon, Focus mesopotamischer Geschichte, Wiege früher Gelehrsamkeit, Mythos in der Moderne”, en J. Renger (ed.).- Op. Cit. (1999), 1-32.

Jerjes, los arqueros partos ...⁶⁹. Son aromas literarios entre personajes históricos, ciertamente: hasta es fácil imaginarse que al acercarse en su montura hasta el pie de las ruinas, tarareara la música de Verdi y los coros del *Nabucco*, estrenado en Milán en 1842, cuyo pegadizo *Va pensiero* se oía ya en España desde su primera audición, en 1844⁷⁰. Romántico pues y ensoñador al principio, sí, pero en cuanto se puso a considerar el montículo de Babil y el gran foso que lo ceñía, enseguida comenzó a hacer gala de su innata vista de arqueólogo y sus más que probables lecturas. Porque Babilonia era un mito cierto, pero un mito que reunía ya un buen número de publicaciones y hasta fallidas excavaciones, libros y páginas de los que A. Rivadeneira demuestra conocer no pocos.

Si dejamos aparte las cartas e informes del cónsul J. J. Rousseau (1738-1808)⁷¹, los artículos del abate Joseph de Beauchamp (1752-1801)⁷² o incluso los gruesos tomos del naturalista Guillaume-Antoine Olivier (1756-1814)⁷³, obras ciertamente más raras y de

⁶⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 88-89; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

⁷⁰ La obra fue estrenada en Milán el 9 de marzo de 1842. Así, A. Batta y S. Neef.- *Opera*. Könnemann Verlagsgesellschaft mbH, Köln 1999, 668-671. Dice Carmen Reparaz que Nabucco fue el verdadero comienzo de la exitosa carrera artística de Verdi, tras su brillante estreno en la Scala de Milán. La belleza del mismo y la interpretación política que los irredentistas italianos hicieron del coro *Va pensiero* produjo un tremendo entusiasmo y decidió su extraordinaria difusión. Véase, C. Reparaz.- *El genio en su entorno. Giuseppe Verdi - Richard Wagner*. Ediciones del Serbal, Barcelona 2007, 33. La primera audición española de esta ópera tuvo lugar en Barcelona, en 1842. En el Real de Madrid se estrenó el 27 de enero de 1853, donde llegaría a alcanzar hasta 24 representaciones durante el siglo XIX., no muchas a decir verdad, si se comparan con las 343 de *Rigoletto*, las 320 de *Il trovatore* o las 211 de *Traviata*. Sobre este asunto véase J. Subirá.- *Historia y anecdotario del Teatro Real*. Fundación Caja Madrid / Acento Editorial, Madrid 1997, 804.

⁷¹ Como recuerda A. Invernizzi, Jean-François Rousseau, pariente del filósofo, fue representante de la Compañía Francesa de Indias, cónsul de Francia en Bashra en 1782 y luego en Bagdad. Apoyó las actividades y estudios de J. de Beauchamp o A. Michaux, y él mismo se apasionó por la Antigüedad, aunque nada escribiera sobre ésta. En una carta de 3 de septiembre de 1782 decía que un cirujano francés “*que tenemos aquí*”, había descubierto una gran ruina cerca de Hilla, donde se hallaban muchos ladrillos y cilindros de inscripciones. En otra de un año después escribiría que cuidó de ver personalmente qué se podría descubrir en las ruinas de Babilonia, y que éstas eran realmente inmensas, pero completamente enterradas y cubiertas de escombros. Que se llevó consigo dos ladrillos perfectamente cuadrados, con inscripciones. Así: A. Invernizzi.- *Il Genio Vagante. Viaggiatori alla scoperta dell'antico Oriente (secc. XII-XVIII)*. Edizioni dell'Orso, Alessandria 2005, 535-537. Vid. 535.

⁷² Vicario pontificio en Babilonia, Joseph de Beauchamp desempeñó sus funciones entre 1781 y 1790. Astrónomo, hombre de ciencias y letras, geógrafo notable, cartografió los cursos del Tigris y el Éufrates y exploró las ruinas de Babilonia, en las que llevó a cabo algunos sondeos en el corazón de las ruinas, donde informó haber visto ladrillos en los que se identificaba un león. Véase, E. Gran-Aymerich.- *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*. CNRS Éditions, Paris 1998, 82. En un informe remitido a *Le Journal des Sçavans* -(Pour l'Année M.DCC.LXXXIV), Juin, 332-335-, titulado “Observations faites en Asie, par M. De Beauchamp, Vicaire-Générale de Babylone”, dice que las ruinas de la antigua Babilonia están a 18 leguas al SW de Bagdad, y que éstas no son sino montañas dispersas de ladrillos (vid. 333). Y en otro titulado “Relation d'un Voyage en Perse” (*Le Journal des Sçavans*, Pour l'Année M.DCC.LXXX, Novembre, 726-746) las describe con mayor detalle, dudando que la colina de Babil hubiera sido alguna vez la famosa torre de Babilonia, como muchos penaban, y dice que con sus escombros se había edificado Hilla. Que en aquella colina, llamada indistintamente Babil o “Makloube”, mandó excavar y el maestro albañil le informó del hallazgo de ladrillos vidriados. También hablaría del lugar de Brousse -probablemente, Birs Nimrud-, que “*propriamente no es más que una montaña de ladrillos & tierra*”. Para una consulta más pormenorizada, véase A. Invernizzi, op. cit. (2005), 524-532.

⁷³ El naturalista Guillaume-Antoine Olivier, miembro de una embajada a Irán, entre 1792 y 1795, publicó luego una monumental obra titulada *Voyage Dans l'Empire Othoman, l'Égypte et la Perse* (H. Agasse, Paris 1804-1807). Obra muy célebre en la primera mitad del siglo XIX, en su volumen IV habla de las ruinas de Babilonia, diciendo que están a 20 leguas de Bagdad, que no presentan traza alguna de ciudad, sino que son simples elevaciones del terreno. Que durante siglos los árabes habían sacado ladrillos de allí para construir las ciudades de Kufa, Bagdad o Hilla entre otras, a más de los pueblos y las aldeas locales, y que, además de esto, la construcción con adobe ayudó a su lenta desaparición. Pero que aún se veían restos de grandes edificios, como “*lo que parecen ser los restos del templo de Beló*”, y que a dos leguas al SW de Hilla había grandes ruinas que “*M. Beauchamp ... dice que es una especie de montaña de ladrillos y tierra ... que él llama a ese lugar Brosse y que cree que allí estaba Borsippa o Borsittá*” (op. cit., volumen IV, 1804, 408 y 411-412). Un detallado relato de sus circunstancias vitales y su viaje en P. Bernard.- “*Le Voyage Dans*

difusión más restringida o menos consultada, incluso entre los especialistas de la historia del redescubrimiento de Oriente, un políglota erudito y enamorado de la Antigüedad, como Adolfo Rivadeneyra, podría haber leído ya, u hojeado en parte, alguna de las obras de Claudius James Rich, los relatos de James Silk Buckingham y Robert Ker Porter, el libro de Robert Mignan, los tomos de Eugène Flandin y, con mayor probabilidad incluso, las memorias de Jules Oppert y algún escrito de H. C. Rawlinson. Pues, aunque en sus comentarios sólo cite a Rawlinson⁷⁴, una atenta consideración de las observaciones hechas por el español nos permite suponer que antes de su viaje, Rivadeneyra tuvo noticia o pudo echar un vistazo a alguna de tales obras.

En la época del viajero español, las ruinas de Babilonia habían abandonado ya las ensoñaciones de los eruditos de salón para despertar el interés del público culto y, desde luego, de los estudiosos de la Historia y la Arqueología. Incluso en un todavía cercano 1852, sus ruinas habían sido objeto ya del primer intento de excavación arqueológica, que aún fallido, dejaría honda secuela. Y es que la reactivación de Babilonia como inquietud científica y cultural no sólo se debía al *Sardanapalo* (1821), tragedia teatral de George Gordon Byron, o al famoso cuadro *La muerte de Sardanápalo* (1826-27)⁷⁵, de Eugène Delacroix, sino sobre todo a los libros y memorias de los pioneros de la arqueología en Oriente. Y el primero de todos, Claudius James Rich (1787-1821), tan estimado por Lord Byron⁷⁶ y los orientalistas y arqueólogos franceses⁷⁷, que supieron hallar en sus páginas los indicios, las pruebas y los hitos que habían de llevarles a los descubrimientos de Jorsabad, Nínive o Babilonia.

Con justicia se define al residente británico en Bagdad (1808-1821), Claudius James Rich⁷⁸, como pionero de la arqueología en Oriente, primer cartógrafo y estudioso profundo de las ruinas de Babilonia -lo que llevó a cabo en dos ocasiones al menos,

l'Empire Othoman, l'Égypte et la Perse de Guillaume-Antoine Olivier, naturaliste et envoyé de la république (1792-1798)", *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (1997), fascicule IV, 1157-1244.

⁷⁴ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 103; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122. Pero, como veremos más adelante, en las ruinas asirias citaría Rivadeneyra a P.-É. Botta y A. H. Layard: así, véase nota n^o 166.

⁷⁵ A decir verdad, el cuadro estaba inspirado en la tragedia de Lord Byron, que recreaba a un supuesto monarca babilonio, fruto de las deformaciones transmitidas por Heródoto, Diodoro Sículo o Quinto Curcio. Así, W. Schnell, en "1/226. Eugène Delacroix (1798-1863). Der Tod des Sardanapal", en G. Sievernich y H. Budde (eds.).- *Europa und der Orient 800-1900*. Bertelsmann Lexikon Verlag, Berlin 1989, 494-496. Vid. 495. Es curioso que, como escribió André Maurois, los asuntos históricos de las tragedias de Lord Byron eran siempre un pretexto para desahogarse, y "*cuando escribía Sardanápalo era un defensor pro domo. Sardanápalo llevaba la misma vida que Byron en el palacio Mocenigo, y a los reproches de sus amigos, contestaba elogiando el placer*". Véase A. Maurois.- *Lord Byron*. Aguilar S. A. de Ediciones, Madrid 1988, 382-383.

⁷⁶ En *Don Juan*, escribe Lord Byron así: "*Butt o resume, -should there be (what may not / Be in these days?) some infidels, who don't, / Because they can't, find out the very spot / Of that same Babel, or because they won't / (Though Claudius Rich, Esquire, some bricks has got, / And written lately two memoirs upon't) ...*". Byron.- *Poetical Works*. Edición de F. Page, nueva edición revisada por J. Jump. Oxford University Press, Oxford 1989. *Don Juan*, Canto V, estrofa LXII, 719.

⁷⁷ Como dice B. André-Salvini, su obra impresionó de tal forma a Julius Mohl, que instó a Botta para que comenzara las excavaciones en la región de Mossul, siguiendo los comentarios del cónsul inglés, tiempo atrás fallecido. Rich estaría pues en el origen de la resurrección de los asirios. Véase B. André-Salvini.- "Où sont-ils les remparts de Ninive ? Les sources du connaissance de l'Assyrie avant les fouilles", en B. André-Salvini, N. Chevalier (ed.).- *De Khorsabad à Paris. La découverte des assyriens*. Réunion des Musées Nationaux, Paris 1994, 22-43. Vid. 41.

⁷⁸ Sobre su vida y su labor, véase C. M. Alexander.- *Baghdad in Bygone Days*. John Murray, London 1928. También J. M. Córdoba.- "Una tumba en Isfahán. Claudius James Rich (1786-1821) y los orígenes de la arqueología en Oriente", *ISIMU2* (1999), 47-63.

resultando en sendas publicaciones⁷⁹ del mayor interés-, conocedor como pocos del paisaje arqueológico al nordeste del Tigris y el territorio de la antigua Asiria, donde recopiló abultada información, levantó croquis e hizo copias valiosísimas, todo recogido luego por su esposa en un libro póstumo de valor excepcional⁸⁰. Pues bien, no tenemos certeza alguna de que A. Rivadeneira las conociera, pero no es imposible que al menos tuviera noticia de la primera (1813, 1815) o la *Second Memoir* (1818) de Rich, donde éste había publicado su plano de la ciudad y comentarios llenos de intuición y agudeza. Porque el residente inglés, políglota de las lenguas antiguas y modernas, conocedor profundo de la literatura de viajes anterior a él y los estudios anticuarios, visitó yacimientos sin cuento, coleccionó materiales, aprendió a asociar conjuntos cerámicos, a levantar todo tipo de croquis, a “ver” con los ojos del arqueólogo. A él se deben los primeros planos razonables de las áreas arqueológicas de Babilonia y Nínive, las primeras observaciones precisas sobre sus respectivas topografías y los indicios en superficie de las edificaciones antiguas que se conservaban aún en el subsuelo. Pero su temprana e inesperada muerte cortó lo que, de su mano, hubiera podido ser un temprano redescubrimiento de los antiguos mitos. Además de todo esto, como hospitalario protector de quienes conseguían alcanzar aquellas remotas regiones, Cl. J. Rich tuvo mucho que ver con las obras y las ideas de otros dos inquietos compatriotas suyos, autores de libros quizás vistos por Rivadeneira. Me refiero a los *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylon* (1821-1822) de Robert Ker Porter, y a *Travels in Mesopotamia* (1827), de James Silk Buckingham. Porque ambos viajeros ingleses se alojaron en su casa de Bagdad, y fueron acompañados y orientados en sus viajes por Mesopotamia.

El primero en llegar allí y en visitar Babilonia y sus alrededores, guiado por el sabio secretario alemán de Rich, Carl Bellino⁸¹, sería un futuro miembro del Parlamento, James Silk Buckingham (1786-1855)⁸², viajero en varias rutas y autor de distintos libros. Como recordaría H. V. Hilprecht tiempo después, J. S. Buckingham no pudo sino corroborar la descripción y medidas de Rich, incluyendo la acertada idea de que la gran colina septentrional -llamada Babel u Mujelibé, indistintamente- nunca pudo haber sido la célebre torre de Belo, y que la tal colina nunca debió ser mucho más alta de lo entonces conservado; en el Qasr, siguiendo también a Rich, el noble inglés convino en que las ruinas tenían que corresponder a lo que pudo ser un gran palacio. Por la misma razón, en el lejano Ohēmir, llamativa y rojiza colina situada a unos veinte kilómetros de Hilla, en un área llena de montículos, creyó ver una parte de las fortificaciones de Babilonia⁸³. Y, finalmente, tras su visita a Birs Nimrub, aceptó también la idea de Rich, que veía en aquella enorme acumulación de ladrillos los restos de la legendaria torre de Babilonia⁸⁴.

⁷⁹ Cl. J. Rich.- “Memoir on the Ruins of Babylon”, *Les Mines de l’Orient / Fundgruben des Orients* III (1813), 129-162, 197-200. Del mismo, *Memoir on the Ruins of Babylon*. Longman, London 1815 y *Second Memoir on Babylon*. Longman, London 1818,

⁸⁰ Cl. J. Rich.- *Narrative of a Residence in Koordistan and on the Site of Ancient Nineveh*. James Duncan, London 1836.

⁸¹ También él, enamorado del pasado y las lenguas antiguas, buen filólogo en ciernes y estudioso del cuneiforme, corresponsal de G. F. Grotefend y otros sabios europeos, y como su jefe inglés, tempranamente fallecido. Así, R. D. Barnett- “Charles Bellino and the beginnings of Assyriology”, *Iran* 36 (1974), 5-28.

⁸² Sobre él mismo y su viaje por Mesopotamia, con sus contactos con Rich, su esposa y su entorno, véase S. Lloyd, op. cit. (1980), 60-65. Varios libros dedicados a sus viajes por Oriente le darían cierta fama. Así, *Travels in Palestine, through the Countries of Bashan and Gilead, East of the River Jordan*, Longman, London 1821; *Travels in Mesopotamia*, Henry Colburn, London 1827; *Travels in Assyria, Media, and Persia*, Henry Colburn, London 1830.

⁸³ Error reiterado por otros estudiosos y viajeros. Mucho más tarde, H. de Genouillac (1912) y S. Langdon (1923-1933) comprobarían que el territorio de al Ohēmir escondía las ruinas de la famosísima ciudad sumeria de Kiš.

⁸⁴ H. V. Hilprecht.- *The Excavations in Assyria and Babylon*. Department of Archaeology of the University of Pennsylvania, Philadelphia 1904. Sobre J. S. Buckingham, y su visita a Babilonia, 36-44.

Dos años después llegó a Bagdad otro viajero británico, llamado Robert Ker Porter (1777-1842). Pintor, notable diletante y viajero en Oriente por encargo de la Academia Rusa de las Artes de San Petersburgo y su director, Aleksei Nikolayevich Olenin⁸⁵, con sus acuarelas, dibujos, grabados y los dos volúmenes que publicaría después alcanzaría a llenar un papel relevante en el redescubrimiento científico de Oriente⁸⁶. No sé si Adolfo Rivadeneyra llegó a hojear las páginas de los dos volúmenes de Porter, *Travels in Georgia ... (1821-1822)*⁸⁷, pero directa o indirectamente podría haber conocido algunas de las curiosas observaciones del viajero británico, responsable en mi opinión, del primer viaje ruso al corazón de Irán y Mesopotamia⁸⁸, y sobre todo, de la primera ilustración de monumentos, por dibujo y acuarela, sometida a reglas de documentación científica⁸⁹.

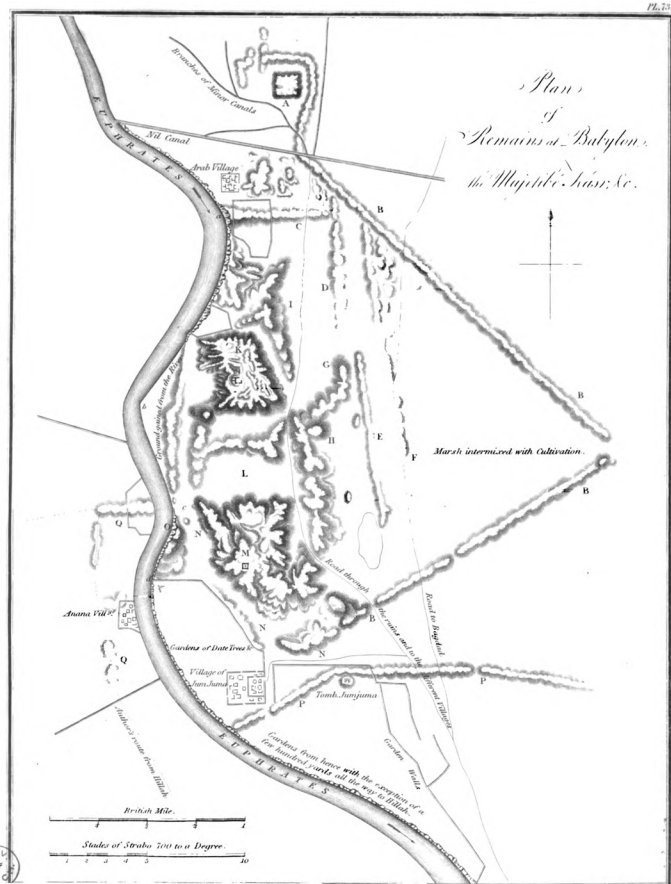


Fig. 6, Plano de Babilonia publicado por R. Ker Porter en sus *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylonia ... (London 1822, entre pp. 348 y 349)*. En realidad es una reproducción del plano de Claudius James Rich

Al hojear hoy los gruesos volúmenes escritos por Robert Ker Porter, el conjunto de la obra resulta largo y complejo, toda vez que el texto carece de capítulos y ladillos. La cosa no es irrelevante, pues hace que la consulta de las 720 páginas del primero y las 812 del segundo se antoje algo problemática y confusa. La verdad es que en ambos tomos, en las páginas XXI-XXIII y XI-XIV respectivamente, el autor incluyó una suerte de índices,

⁸⁵ N. E. Vasileva.- "About the History of Sir Robert Ker Porter's Album with Sketches of Achaemenid and Sassanian Monuments", *Archäologische Mitteilungen aus Iran* 27 (1994), 339-348, laminas 104-111.

⁸⁶ R. D. Barnett.- "Sir Robert Ker Porter - Regency Artist and Traveller", *Iran* 10 (1972), 19-24. K. Kaniuth.- "Some Remarks on the Mesopotamian Travels of Robert Ker Porter", en D. Fortenberry (ed.).- *Who Travels sees more*. Astene & Oxbow Books, Oxford 2007, 1-16.

⁸⁷ R. K. Porter.- *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylonia, &c. &c. during the years 1817, 1818, 1819 and 1820*. Longman, London 1821 y 1822 (dos volúmenes).

⁸⁸ J. M^a Córdoba.- "Un viaje ruso (?) por Irán y Mesopotamia. Robert Ker Porter y la primera documentación rigurosa de los monumentos de la Antigüedad oriental" (artículo *in itinere*).

⁸⁹ J. M^a Córdoba.- *El redescubrimiento del Oriente Próximo antiguo. De los viajeros y los descubridores primeros al nacimiento de la ciencia moderna* (libro *in itinere*)

pero cuando las vamos pasando hay que estar atento a la cabecera de las mismas, que son las guías del contenido y remiten a los dichos índices. Sistema tal acaso influyera un tanto en la fría recepción del libro, tachado de poco interesante y demasiado lleno de datos, llegando a decir uno de sus críticos que lo que a Porter correspondía “*habría cabido en un delgado volumen en octavo*”, o que estaba escrito con un estilo inflado, etc., etc.⁹⁰. Pero lo cierto es que R. K. Porter se había preparado concienzudamente para lo que A. N. Olenin le demandara, tanto en sus conversaciones como en las instrucciones escritas que aquel le hizo llegar. Por eso, la profusión de referencias que gusta incluir no quita, ni puede ocultar, que Porter documentó las ruinas casi como lo habría hecho un desapasionado arquitecto o un dibujante moderno de arqueología.

Acompañado de Carl Bellino y una escolta armada, en noviembre de 1818 marchó Porter a Babilonia⁹¹. En la gran colina “*que los árabes llaman Mujelibé o mejor Mukkalibe*”⁹², le pareció ver una magnífica plataforma llana “*como la de Persépolis*”⁹³, en cuya cumbre se habría construido algún edificio, y que su situación y estilo sugerían que podría haber sido una ciudadela del palacio⁹⁴. Luego inspeccionó el Qasr y Amran. En la primera notó que mucho de lo que había visto Beauchamp, en 1782, o el mismo Rich en 1811, había desaparecido por las constantes sacas de ladrillos⁹⁵. Comenta la profusión de ladrillos vidriados, las capas de betún y, cómo no, el hallazgo de una estatua colosal, muy basta⁹⁶, que había sido descubierta por un árabe y tapada luego otra vez. Aquel enorme conjunto le pareció que sin duda debía haber sido el palacio de Nabucodonosor. En la otra gran colina, llamada de Amran, verificó también la continua extracción de materiales a cargo de la población de las cercanías, así como la presencia de numerosas tumbas en sarcófago de arcilla o tinajas; pero sus observaciones sobre datación -basadas en las de Rich- serían francamente erróneas⁹⁷. Finalmente giró nueva visita a Birs Nimrud, ya inspeccionada antes brevemente. Influido sin duda por Rich -que como Porter recuerda, veía allí la torre de Babel⁹⁸-, le prestó ahora una especial atención, midiéndola cuidadosamente, levantando vistas y planos excelentes⁹⁹, subiéndola poco a poco hasta la cumbre, comprobando en sus ruinas los estragos del fuego y notando cuanto se veía en derredor de aquella región tan sorprendentemente llana¹⁰⁰.

Tras Robert Ker Porter, una larga serie de viajeros, británicos los más, visitaron igualmente las ruinas de Babilonia. Pero no me parece que los datos de muchos de ellos llegaran a Rivadeneira. Por ejemplo, el libro y las observaciones del capitán Robert Mignan, que de su exploración por la región en octubre y noviembre de 1827 sacó un libro curioso, *Travels in Chaldaeia* (London, 1829). Arrastrando errores ya repetidos -que Birs y Ohēmir habían formado parte de una misma y gigantesca Babilonia-, rechazó sin embargo que la primera pudiera haber sido la famosa torre, toda vez que los antiguos autores la situaban en el centro de la ciudad¹⁰¹. Y tampoco habría tenido noticia el español de la aventura de G. Baillie Fraser y sus *Travels in Koordistan, Mesopotamia, etc.* (London, 1840). Pero aceptando que tal vez habría conocido, de una u otra forma, las obras de Rich, Buckingham o Porter, me siento sobre todo inclinado a pensar que los informantes más

⁹⁰ K. Kaniuth.- Op. cit. (2007), 6-7.

⁹¹ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 283-403.

⁹² R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 295.

⁹³ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 341.

⁹⁴ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 346.

⁹⁵ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 355-356.

⁹⁶ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 358.

⁹⁷ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 372-373.

⁹⁸ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 305.

⁹⁹ K. Kaniuth.- Op. cit. (2007), 9-10.

¹⁰⁰ R. K. Porter.- Op. cit. (1822), 389.

¹⁰¹ H. V. Hilprecht.- Op. cit. (1904), 53.

previsibles de Adolfo Rivadeneyra debieron ser los franceses Eugène Flandin y Pascal Coste, el franco-alemán Jules Oppert y el inglés H. C. Rawlinson, cuyas personas y obras alcanzaron a tener verdadero impacto entre la sociedad culta y erudita europea de su época y los años inmediatos al viaje del vicecónsul español.

Tras llevar a cabo una misión científica que *l'Académie Royale des Beaux-Arts* les encomendara realizar en Irán (1839-1841), con ocasión de la embajada del conde de Sercey¹⁰², el arquitecto Pascal Coste (1787-1879)¹⁰³ y el pintor y dibujante Eugène Flandin (1809-1889)¹⁰⁴ emprendieron viaje de vuelta a Europa. En el curso de éste y por circunstancias no previstas, los dos exploradores galos tuvieron ocasión de alcanzar Bagdad y visitar, entre otros lugares, las ruinas de Babilonia. Una vez en Francia, E. Flandin, que además de pintor y dibujante era un escritor nato y pródigo, redactó los dos volúmenes que narran esencialmente, y como reza el título, la aventura de ambos por Irán¹⁰⁵. Pero el último capítulo del segundo volumen cuenta, entre otras cosas, su visita a Babilonia. Al final de tan extremado viaje y largo relato se nota la impuesta necesidad de abreviar, aunque las páginas dedicadas a tan gloriosas ruinas y sus alrededores son verdaderamente atractivas, y es más que probable que antes de su viaje a Babilonia, Rivadeneyra las conociera bien, dada la fama de Flandin y sus obras. Desde luego, así sería cuando pocos años después visitara Irán.

Siguiendo la tradición de la mayoría de los viajeros y la lógica que imponía la ruta desde Bagdad, Flandin y Coste comenzaron su visita a Babilonia por la colina que llaman “*Babel ... y Mudgelibèh que, en su lengua significa, ruina de arriba a abajo*”¹⁰⁶. Escribe Flandin de su forma rectangular (*sic*), sus lados llenos de torrenteras, ladrillos y presumibles torres en las esquinas, que debía haber sido construida con adobe y revestida por piedras o ladrillos, que medía unos 166 x 160 m de lado y de 36 a 40 m de altura. Se preguntaba si el topónimo conservado indicaba que aquella colina había sido, en realidad, la célebre torre, y sin afirmarlo taxativamente, concluía que “*hay motivos de una fuerte presunción para responder de manera afirmativa a la cuestión*”¹⁰⁷. Luego visitaron la otra gran colina, el “*Kasr o castillo, o palacio*”, destacando su irregularidad, su magnitud, la desafortunada explotación de las ruinas por los habitantes de Hilla, la evidencia de “*un fragmentado león colosal en granito gris*”¹⁰⁸ y otros montículos con huellas de antiguas edificaciones, ocultas bajo muros de construcciones modernas, como “*Amram-Ebn-Ali*” (*sic*). Más allá, los dos viajeros inspeccionaron también, a unos ocho kilómetros -dicen- al este, “*El-Heimar*” (*sic*), donde aciertan a ver un edificio completamente arruinado¹⁰⁹, y a nueve kilómetros de Hilla, Birs Nimrud, “*único monumento que ha quedado en pie en medio de esta completa destrucción*”¹¹⁰. Escribía Flandin que se elevaba hasta unos 60 metros por encima de la llanura, y que tenía una base rectangular de 194 x 150 m¹¹¹. Notó

¹⁰² J.-P. Foucher.- “L’ambassade en Perse de 1839 et la mission artistique de P. Coste et E. Flandin”, en *Voyage en Perse 1840-1841*. Bibliothèque Municipale de Blanc, Blanc 1995, 9-16.

¹⁰³ N. Chevalier.- “Pascal Coste en Perse”, en E. Fontan, N. Chevalier (ed.).- Op. Cit. (1994), 35-39. La persona de Pascal Coste y su capacidad profesional fueron decisivas para el debido adiestramiento del artista E. Flandin en el estilo que haría de él el primer dibujante de campo. Así, J. M^a Córdoba.- “Personas, imágenes, planos, recuerdos ... El por qué de la singularidad francesa en el primer descubrimiento de Asiria”, *Cuadernos del Seminario Walter Andrae* 12 (2009-2010), 37-48.

¹⁰⁴ F. Demange.- “Eugène Flandin, un peintre archéologue”, en M. Maupoix y G. Coulon (comis.).- *Regards sur la ... Perse antique*. Le Blanc - Argentomagus, Blanc 1998, 86-93.

¹⁰⁵ E. Flandin.- *Voyage en Perse de MM. Eugène Flandin, peintre, et Pascal Coste, architecte*. Gide et J. Baudry, Libraires éditeurs, Paris 1851, 2 volúmenes.

¹⁰⁶ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 513.

¹⁰⁷ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 514.

¹⁰⁸ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 514.

¹⁰⁹ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 515.

¹¹⁰ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 515.

¹¹¹ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 515-516.

que la obra de ladrillo tenía, de trecho en trecho, unas aberturas “*cuyo vacío atraviesa el grosor de la construcción*”¹¹². Es notable que aun viendo que la magnitud de Birs era mucho mayor que la de la colina de Babel, Flandin no cambiara la idea aceptada al principio de su visita, pese a afirmar la más que posible relación con Nabucodonosor¹¹³. Y con melancolía finalizó el relato de su visita, recordando que Babilonia “*fue la ciudad más grande del universo*”, pero que “*el viajero busca en vano sus vestigios*”¹¹⁴.

Cuando Adolfo Rivadeneira cabalgaba por las tierras de Iraq, hacía tiempo que las grandes excavaciones francesas y británicas en la región de Mossul y al sur de Bagdad habían terminado, y los libros relacionados habían sido publicados, al menos en parte. Los grandes volúmenes de P.-É. Botta *Monument de Ninive* (1849-1850) por ejemplo, los más accesibles y populares de A. H. Layard *Nineveh and its Remains* (1849) o *Nineveh* (1858), y desde luego el que más podría haber interesado a Rivadeneira cuando planeara visitar Babilonia: la *Expédition scientifique en Mésopotamie* (1859 y 1863), de Jules Oppert. Aunque no tenga certeza alguna de ello, no sería improbable que Rivadeneira hubiera echado un vistazo al menos al primer volumen de Oppert, subtítulo *Relation du voyage et résultats de l'expédition*. La que quiso ser memoria de la fallida expedición francesa a Babilonia¹¹⁵ es un relato de cierta amenidad, que narra el viaje y la excavación iniciada el 15 de julio de 1853, precisamente y como haría Robert Koldewey cuarenta y seis años después, en la colina del Qasr. Oppert describió ésta como una gran ruina de 14 Ha, que no era más que un vasto montón de túmulos, en su opinión más de 300 montículos formados durante siglos por los buscadores de ladrillos, y donde, salvo el famoso león de basalto que dice había descubierto Rich, era imposible alcanzar resultado alguno “*a menos de recurrir a excavaciones muy profundas*”¹¹⁶. Pero Jules Oppert podía aportar algo que ninguno de sus predecesores pudo hacer: leer las inscripciones cuneiformes grabadas en los ladrillos. Y en éstos, como en los de la colina de Babel, Birs Nimrud o en muchos de Amran Ibn Ali, pudo traducir con absoluta seguridad lo siguiente: “*Nabucodonosor, rey de Babilonia, restaurador de la pirámide (sic) y de la torre, hijo primogénito de Nabopolasar, rey de Babilonia, yo*”¹¹⁷. Además, gracias a la inicial presencia del arquitecto Félix Thomas¹¹⁸, Oppert anota en su memoria una curiosa teoría propuesta por aquél, respecto a la forma en la que los babilonios habrían fabricado primero y aparejado después los ladrillos vidriados que adornaban, con sus colores y figuras, una buena parte de los muros¹¹⁹. En la colina de Amran Ibn Ali, a unos 700 metros del Qasr, que alcanzaba unos 30 m de altura, fue reconociendo “*con una certidumbre siempre creciente, los jardines suspendidos de Nabucodonosor*”¹²⁰. Y aunque en la trinchera que abrió tan solo hallara numerosas sepulturas “*evidentemente de época parta*”¹²¹, en función de un agotador comentario a las fuentes concluye que allí tuvieron que estar los famosos jardines colgantes¹²². La colina de Babil le parecía, como a H. C. Rawlinson, a quien cita, la “*subestructura de un edificio*

¹¹² E. Flandin.- Op. cit. (1851), 516.

¹¹³ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 515.

¹¹⁴ E. Flandin.- Op. cit. (1851), 517.

¹¹⁵ J. Oppert.- *Expédition scientifique en Mésopotamie*. Paris 1863 (vol.1) y 1859 (vol. 2).

¹¹⁶ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 142.

¹¹⁷ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 142.

¹¹⁸ E. Fontan.- “Félix Thomas (1815-1875), l’architecte providentiel”, en E. Fontan, N. Chevalier (eds.).- Op. Cit. 1994, 102-115. Obligado a volver a Francia por cuestiones de salud, se reveló decisivo en la excavación de Jorsabad, cuando en su forzado viaje de vuelta visitó a sus compatriotas, Víctor Place y Gabriel Tranchand, en Jorsabad. Véase también J. M^a Córdoba.- Op. cit. (2009-2010), 37-48.

¹¹⁹ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 145.

¹²⁰ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 157.

¹²¹ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 158.

¹²² J. Oppert.- Op. cit. (1863), 159.

*inmenso*¹²³, formada por capas de adobes revestidos en su cara exterior por un muro de ladrillos trabados con mortero. Lo malo es que se obstinó en ver allí ni más ni menos que la “*tumba de Belo*”, documentada en la carpeta de láminas que acompañaba a los dos volúmenes de la memoria, con una propuesta de reconstrucción delirante¹²⁴. Y, en fin, en cuanto a Birs Nimrud, haciendo una lectura muy particular del relato de Beroso, Oppert escribe que nada impide que Birs Nimrud hubiera sido parte de Babilonia, incluso y posiblemente, la misma y celebrísima torre¹²⁵. Por lo demás, el relato del viaje y los avatares mismos del trabajo en las ruinas son contados con detalle y amenidad, y si olvidamos los errores, el conjunto de la obra y las precisas y sorprendentes traducciones de las antiguas inscripciones son muy capaces de captar el interés de cualquier estudioso y erudito incluso hoy, cuanto más en la época del viajero español.

Pero en todo caso y porque cita su nombre expresamente¹²⁶, según dije más arriba, Adolfo Rivadeneyra estaba informado de lo publicado por H. C. Rawlinson (1810-1895)¹²⁷, al menos en lo relativo a Birs Nimrud, lugar que el antiguo oficial, diplomático y excelente filólogo estimaba sin duda la torre de Babilonia. Dedicó a ella un estudio detallado que, si no muy popular fuera del círculo de especialistas, fundamentó datos luego trasladados a otras obras más conocidas del autor y a libros de muy distintos historiadores. Incluía allí H. C. Rawlinson¹²⁸ medidas precisas de la gran edificación, describía las sucesivas y decrecientes plataformas que la habían constituido, así como su número, proponía que en la Antigüedad, cada plataforma había ostentado un color y las razones de ello, y demostraba la existencia al pie de un templo. Fuera éste u otro de sus escritos, Adolfo Rivadeneyra conoció las ideas de H. C. Rawlinson con absoluta seguridad.

3. LA INSPECCIÓN DE LAS RUINAS: EL OJO DEL ARQUEÓLOGO

Tanto las páginas del temprano y breve libro sobre su viaje hasta Damasco (1871), como las de los tres volúmenes de su posterior viaje por Irán (1880) están llenas de observaciones agudas, conclusiones atinadas y deducciones sorprendentes que revelan una aptitud innata para la actividad arqueológica. Creo firmemente que en otras condiciones, y si la muerte no se lo hubiera llevado prematuramente, Adolfo Rivadeneyra podría haber jugado un papel semejante al que supieron cumplir sus bien conocidos colegas en la diplomacia y la arqueología, Paul-Émile Botta, Victor Place o Austin Henry Layard¹²⁹. Pero como no hubo lugar a probarlo con la piqueta en la mano, sólo nos quedan sus escritos, su modesto legado al Museo Arqueológico Nacional, la agudeza de sus observaciones, la evidencia de sus conocimientos, de su dominio de las lenguas de Oriente y Occidente, de su familiaridad con las fuentes del pasado, con la literatura de viajes y con los escritos de los pioneros europeos de la arqueología en Iraq e Irán. Sin embargo, al adentrarnos en su descripción de Babilonia, verdad es también que por la brevedad que quiso imponer a éste, su primogénito libro, y porque era la primera vez que se hallaba ante un yacimiento de semejantes características, las páginas que dedica a describir las ruinas de

¹²³ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 168-182. Vid. 169.

¹²⁴ J. Oppert.- Op. cit. (1859 y 1863). La obra en su conjunto está acompañada por una carpeta de láminas independiente. La propuesta de reconstitución de la supuesta “*Tumba de Belo*” aparece en la lámina IX.

¹²⁵ J. Oppert.- Op. cit. (1863), 200-216.

¹²⁶ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 103; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122.

¹²⁷ M. T. Larsen.- *The Conquest of Assyria. Excavations in an antique land 1840-1860*. Routledge, London 1996. En especial, 215-227 y 293-305.

¹²⁸ H. C. Rawlinson.- “On the Birs Nimrud, or the Great Temple of Borsippa”, *Journal of the Royal Asiatic Society*, XVIII (1861), 1-34.

¹²⁹ J. M. Córdoba.- “Del Éufrates y el Tigris a las montañas de Omán. Algunas observaciones sobre viajes, aventuras e investigaciones españolas en Oriente Próximo”, *ARBOR*, 635-636, tomo CLXI (1998), 441-463. Vid. 453.

Babilonia mezclan observaciones magnificas junto a imprecisiones que estimo comprensibles.

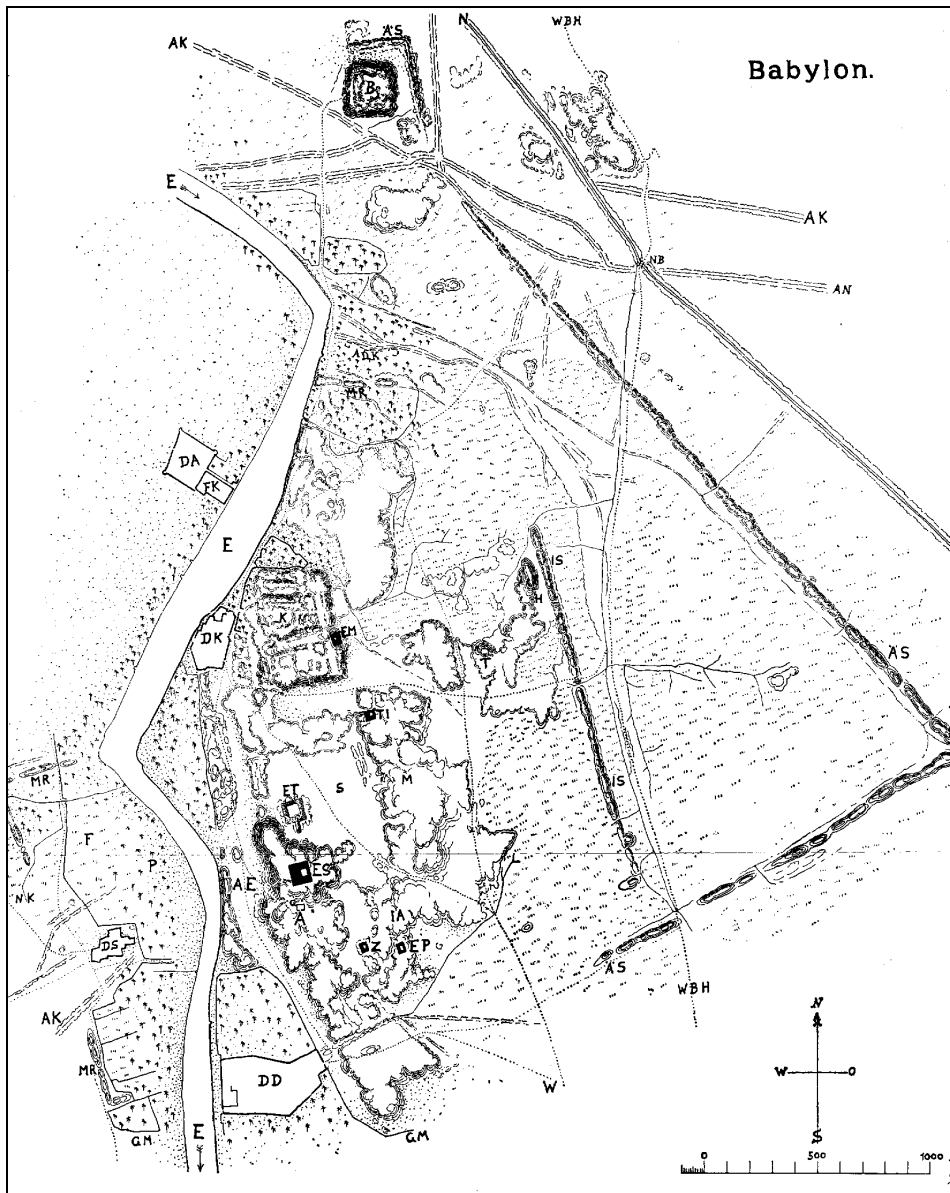


Fig. 7. Plano del área de Babilonia y sus ruinas antes del comienzo de las excavaciones, levantado por Robert Koldewey (en R. Koldewey.- Das wieder erstehende Babylon. Editions Olms, Zürich 1981, fig. 1)

Así pues, y como apunto más arriba, a las 6 de la tarde del 27 de junio, después de dejar atrás Bagdad, cabalgó con su pequeña escolta hacia el sur, camino de Babilonia. Como vimos más arriba, a las 9 se detuvo una media hora en el *jan* de Muhammudiyat; de nuevo en marcha, a las 12 de la noche llegó al de Haswa y, a poco, continuó su camino hasta que a las 5 de la madrugada entró en el *jan* de Mahāwil. Como escribiría más tarde, “hubiera necesitado tomar algún descanso”¹³⁰ allí, pero temiendo perder las primeras horas del día, se forzó a seguir cabalgando hacia el sur junto a dos beduinos. Poco después, tras salvar un foso, sus compañeros “señalaron un gran montículo que enfrente de mí, a lo lejos, se alzaba”¹³¹, gritando: “¡Babel!”. Era el 28 de junio del año 1869.

¹³⁰ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 88; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

¹³¹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 88; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

Como se deja entrever, los beduinos de la zona exclamaron el nombre de la ciudad a la vista de un gran montículo y tras cruzar un foso. Si es así, y dado que la poderosa y vieja colina artificial que los viajeros y eruditos como Cl. J. Rich, R. K. Porter, E. Flandin y P. Coste o J. Oppert llamaban indistintamente -porque así lo hacía la población local-, Babel o Mujelibé, era y es aún la primera alteración contundente de la llanura que los viajeros de la pista hallaban en su camino, es lógico pensar que Adolfo Rivadeneyra se refiere a ésta cuando escribe: *“el foso ... va en línea recta de Oriente a Poniente, está seco, al menos en esta estación, y sus dimensiones son tres metros de ancho por otro tanto de profundidad. La colina que lo costea al sur alcanza unos seis metros y es evidentemente artificial”*¹³². Si quiere decir que la colina está al sur del foso -lo que es posible, aunque lo exprese de forma algo imprecisa-, estaría describiendo la situación topográfica de la colina de Babil, tal y como luego confirmaría la excavación alemana. A su pie, de este a oeste se abría un foso que luego seguía hacia el sureste, paralelo al terraplén que marcaba el recinto exterior. Así que Rivadeneyra debería estar refiriéndose a la gran plataforma artificial sobre la R. Koldewey descubriría un gran palacio, que llamó el “palacio de verano”¹³³. El problema es que, según los alemanes, la plataforma medía unos 250 m de lado por 22 de altura¹³⁴. Es posible que los datos de A. Rivadeneyra no fueran tan incorrectos, si consideramos el punto en el que pudo apreciarlos, toda vez que en su época, la erosión y los derrumbes que alteraban sus laderas y elevaban el territorio circundante no habían sido retirados por excavación alguna. Los planos de R. Koldewey marcan al pie de Babil cotas de +2,25 (N), +4,96 (W) y +2,35 (E), mientras que en lo alto se dan referencias de +16,52 (N), +10,24 y ó +17,94 (W) y +10,36 (E)¹³⁵. Eso quiere decir que para un observador en lo que él considerara el pie de la colina -y montado a caballo-, la altura de ésta podría calcularse en torno a los 18 m por el norte, entre 5 y 12 por el oeste y unos 8 m por el este. Además, otra observación de Rivadeneyra -por cierto, propia de quien observa el terreno con ojos de arqueólogo- reitera que debía estar en Babil y a la vista del interior, cuando dice que no sólo el foso y la colina artificial indicaban que se hallaba en los umbrales de la ciudad, sino también que *“hay una diferencia notabilísima entre el terreno que dejaba andado y aquel que tenía delante: atrás las arenosas llanuras del desierto; en frente, en una extensión inmensa, una serie de colinas o montículos de color rojizo”* ... *“Al querer proyectar estas masas en el papel, dejarían líneas rectas, ora paralelas, ya perpendiculares unas a otras, esto es, denotando siempre regularidad y artificio en la disposición”* ... *“Todas estas particularidades radican en que la ciudad de Babilonia fue construida únicamente con adobes”*¹³⁶.

Es el caso que cualquier especialista o visitante curioso del paisaje arqueológico del sur de Iraq, suele comprobar la extraordinaria y llamativa lisura de la planicie, las lomas continuas de los *argub*, las líneas de antiguos canales semicegados o la extraordinaria diferencia entre el terreno circundante y la concentrada irregularidad de colinas informes que marcan las ruinas de una antigua ciudad mesopotámica, sea ésta sumeria, acadia o babilónica. Así que Adolfo Rivadeneyra percibió con claridad el momento en el que cruzó el foso que antecede y protege el extremo norte de la ciudad, consideró la naturaleza artificial y la altura de la colina de Babil, y tuvo ante sí la perspectiva del inmenso campo de ruinas. Pero antes de seguir cabalgando hacia el sur, el viajero español anotaría una

¹³² A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 89; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114.

¹³³ R. Koldewey.- *Das wieder erstehende Babylon*. Edition Olms, Zurich 1981. Es reproducción fiel de la original editada como el 6. Sendschrift der Deutschen Orient-Gesellschaft, Leipzig 1925. Vid. 10-12, fig. 5 a. También, R. Koldewey, F. Wetzel.- *Die Königsburgen von Babylon. Zweiter Teil. Die Hauptburg und der Sommerpalast Nebukadnezars im Hügel Babil*. 55. WVD OG, Leipzig 1932.

¹³⁴ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), 6-12. Vid. 10 y fig. 5 a.

¹³⁵ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), fig. 3.

¹³⁶ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 89-90; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 114-115.

curiosa reflexión que marca, una vez más, su innata intuición arqueológica, al decir que si en colinas tan irregulares “*dejamos penetrar la piqueta o la pala, entonces hallaremos adobes tanto menos pulverizados cuanto mayor sea la profundidad*”¹³⁷, constatación que parece invocar una experiencia que, ciertamente, nunca pudo llegar a tener.

A partir de entonces, el relato parece mezclar recuerdos de Babil y del Qasr, lo que no sería imposible, por más que las notas sobre Babilonia estén fechadas tan solo unos días después, en la cercana Hilla. Rivadeneira había cabalgado toda una noche, visitado directamente -siempre hacia el sur- las ruinas por vez primera en su vida, y vuelto luego a Bagdad, al cabo de algunos días, sin cruzarlas de nuevo. Así que la precipitación de la marcha, su propio cansancio y el tamaño mismo del yacimiento podrían explicar las imprecisiones que produjo esa combinación al ponerlas en limpio. Pues cuando dice que a las 7 alcanzó la mole en forma de pirámide truncada, que los árabes le señalaron al grito de Babel, está describiendo el aspecto de la plataforma y en el contexto en el que suele mencionarse en otras obras. Pero como luego insiste en su enorme irregularidad, en que había “*varios compartimentos más o menos llenos de escombros*”, en que se veían lienzos de muros “*de hasta veinte metros*”, y adobes con capas de asfalto, que muchos muros “*que por cierto son muy gruesos, lo formaban con hiladas de ladrillos*” -ladrillos que, según dice, medían “*0,35 en cuadro por 0,08 de grueso*”¹³⁸-, que muchos de éstos tenían inscripciones cuneiformes perfectas porque que se habían hecho -las inscripciones- con un molde, que halló piedras barnizadas de color verdoso y que en muchas reconoció el dibujo de una flor, y que en fin, que como vio que algunos hombres estaban sacando materiales para construir una casa en Hilla, decidió él guardarse dos ladrillos bien conservados en sus alforjas¹³⁹, todo esto parece indicar que está hablando, en realidad, de los grandes lienzos del Qasr, de la profusión de restos de muros y montones de ladrillos visibles en su irregular superficie, con zonas más o menos significativas en las que Robert Koldewey iría descubriendo los grandes muros de ladrillos, restos del que llamaría Palacio Principal¹⁴⁰, en el extremo norte del Qasr; la Puerta de Istar¹⁴¹ y la parte septentrional de la vía de las Procesiones y los muros orientales del Bastión Norte¹⁴², al este del gran conjunto; y el gran Palacio Sur¹⁴³, en la zona meridional del Qasr. En época de Rivadeneira, todas estas grandes edificaciones eran enormes concentraciones de materiales, montículos irregulares, hondonadas y puntos de extracción continua de ladrillos o lo que pudiera ser útil en las construcciones de las aldeas de los alrededores o la ciudad de Hilla. Por ello, con la descripción que hace de la zona, lo que ve y lo que sucedía allí, me parece imposible que no se esté refiriendo realmente al Qasr, pues si no fuera así, entre la plataforma de Babil y la ciudad de Hilla no habría visto nada, lo que es de todo punto increíble. En realidad y a

¹³⁷ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 90; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 115.

¹³⁸ Las tablas de M. Sauvage recogen las medidas más habituales de los ladrillos de Babilonia: 32 x 32 x 9 cm, por ejemplo, en el Palacio Sur, corazón mismo del Qasr. Así, M. Sauvage.- *La brique et sa mise en oeuvre en Mésopotamie*. Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris 1998, 308.

¹³⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 92; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 116. En nota al pie, Rivadeneira ofrece un comentario sobre la escritura cuneiforme de su maestro de sánscrito y amigo, Francisco García Ayuso (1847-1897), e incluye la copia de una de las inscripciones y su versión en español: A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), ...; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 116-117. Sobre este pionero de los estudios de iranología y lenguas semíticas antiguas, véase F. Escribano Martín.- “Los estudios sobre Oriente en la España de finales del siglo XIX: la vida y la obra de Francisco García Ayuso”, en J. M^o Córdoba y otros (eds.).- Op. cit. (2001), 107-116.

¹⁴⁰ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), 153-167. También, R. Koldewey, F. Wetzel.- Op. cit. (1932).

¹⁴¹ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), 32-49. También, R. Koldewey.- *Das Ishtar-Tor in Babylon*. 32. WVDÖG, Leipzig 1918.

¹⁴² R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), 23.

¹⁴³ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), 65-68. También, R. Koldewey, F. Wetzel.- *Die Königsburgen von Babylon. Erster Teil. Die Südburg*. 54. WVDÖG, Leipzig 1931.

mi entender, sus notas mezclan datos e impresiones de los dos lugares. Pero sobre todo, en estos párrafos se estaba refiriendo al Qasr.

Luego, sus recuerdos vuelven atrás, pues evoca cómo se dirigió desde Babil hacia el suroeste, entre bosques de dátiles y palmeras, hasta alcanzar el Éufrates, cuyo curso siguió durante media hora, lo que es ajustado a la realidad. Pues si consultamos el plano de Babilonia y sus alrededores, levantado por Robert Koldewey unos treinta años después¹⁴⁴, vemos que a unos 500 m al sur de la colina empezaban los cultivos de palmeras; que unos 100 m después se alcanzaba el recodo del Éufrates, y que un kilómetro y medio más al sur -una media hora al paso quizás, si se iba parando de vez en cuando a mirar-, si había ido siguiendo la orilla izquierda del río, como dice, se debería encontrar a la altura del territorio septentrional del Qasr, a donde fue llevado para que viera “*el punto donde no ha mucho se ha descubierto una pieza monolítica*”¹⁴⁵, nuestro ya bien conocido león de basalto, en cuya descripción se detiene asombrado¹⁴⁶.

Terminada su rápida visita, Rivadeneyra prosiguió la marcha hasta Hilla, población en la que por fin descansó y que describe en sus páginas con cierta gracia, incluyendo una simpática anécdota en relación al sombrero de *timsin* o salacot con el que se cubría¹⁴⁷. Estando en la ciudad del Éufrates se fue a ver las tiendas de “*varios hebreos que especulan con antigüedades*”¹⁴⁸, pero, como añade que tenía poca fe en la autenticidad de los objetos con los que traficaban, pidió que le llevaran al punto donde se surtían.

Dos judíos le llevaron como a “*hora y media*” al Oriente de Hilla, hasta “*uno de los montículos que cubren el extenso llano*”¹⁴⁹, donde él mismo se puso a cavar y encontró tres cosas: “*un cilindro; un trípode muy pequeño de plata y un camafeo*”¹⁵⁰. Un tanto chasqueado por tan escaso fruto, volvió a Hilla. Para terminar su jornada de Babilonia, Rivadeneyra escribe algunas notas muy originales sobre los sellos cilíndricos: habla de los tipos de piedra preferidos, indica que también los había en cobre, oro y granito -“*pero muy pocos*”-, que aún llamándose cilíndricos “*muchos son ... hiperboloides*”, anota las medidas más comunes, dice que “*el agujero que atraviesa el eje principal servía para colgarlos*”, que se empleaban “*como nosotros usamos los sellos*”, y que el mérito principal estaba en las figuras grabadas y los signos cuneiformes¹⁵¹.

De nuevo en Hilla, dado que los naturales le desaconsejaron que fuera a las ciudades santas de Nayaf y Karbalā’, como tenía intención de hacer, decidió que su último objetivo en la región sería el lugar de Birs Nimrud. Tras salir de Hilla marchó hacia un

¹⁴⁴ R. Koldewey.- Op. cit. (1925/1981), desplegable entre VIII y I.

¹⁴⁵ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 95; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 118.

¹⁴⁶ A fines del siglo XVIII, el abate Beauchamp hablaba de una especie de enorme ídolo, al decir de los naturales, que apenas vio en parte como masa informe de color negruzco (A. Invernizzi.- Op. cit., 2005, 526). En 1818, Robert Ker Porter hablaba de una escultura que había sido descubierta tiempo atrás por un árabe y tapada luego, que éste le indicó dónde estaba, y que tras cavar duramente volvieron a hallar un “*león de dimensiones colosales*” (R. K. Porter.- Op. cit., 1822, 544). Como se ve, el continuado “redescubrimiento” del famoso león debía formar parte de las sorpresas que los naturales ofrecían a los sucesivos viajeros y exploradores europeos que se aventuraban a llegar hasta allí.

¹⁴⁷ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 98; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 120.

¹⁴⁸ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 98; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 120. La “fabricación” de antigüedades para surtir a los viajeros y comerciantes era una tarea muy rentable y bien conocida desde tiempo atrás. Es curioso recordar que en junio de 1840, en Hamadán, Pascal Coste y Eugène Flandin comprobaron la existencia de un próspero comercio parejo, desarrollado también por judíos. Escribió luego Flandin que “*los judíos fabrican una inmensa cantidad de monedas griegas y sasánidas*”. Partiendo -pensaba él- del hallazgo de piezas auténticas, los judíos, “*especuladores de nacimiento y con un gusto especial para el tráfico de monedas, se pusieron a fundir y a producir facsímiles de las encontradas en el suelo. Me han dicho que las exportan incluso para los aficionados de Europa. Deja que pensar el número que debe existir de ellas ...*”. Así, E. Flandin.- Op. cit. (1851), volumen 1, 383-384.

¹⁴⁹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 99; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 120.

¹⁵⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 99; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 120.

¹⁵¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 100; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 121.

punto destacado en el llano, a lo lejos, “una especie de torre o columna de grandes proporciones”¹⁵². Una hora después entró en un área cenagosa, una gran región que se inundaba cuando las lluvias hacían crecer el Éufrates, y que supuso debió constituir en la Antigüedad, una especie de defensa natural de la capital¹⁵³. A las dos horas, tras atravesar algunas colinas compuestas de ladrillos rotos “me hallé ante un montículo como de ochenta metros de alto por ochocientos de circuito, formado de fábrica de adobe, con trozos de muro, ángulos de habitación, puertas de dos metros y medio de anchas, casi tapadas por los escombros”¹⁵⁴, reparando en detalles como ladrillos con animales representados unos, inscripciones cuneiformes otros y restos de asfalto.

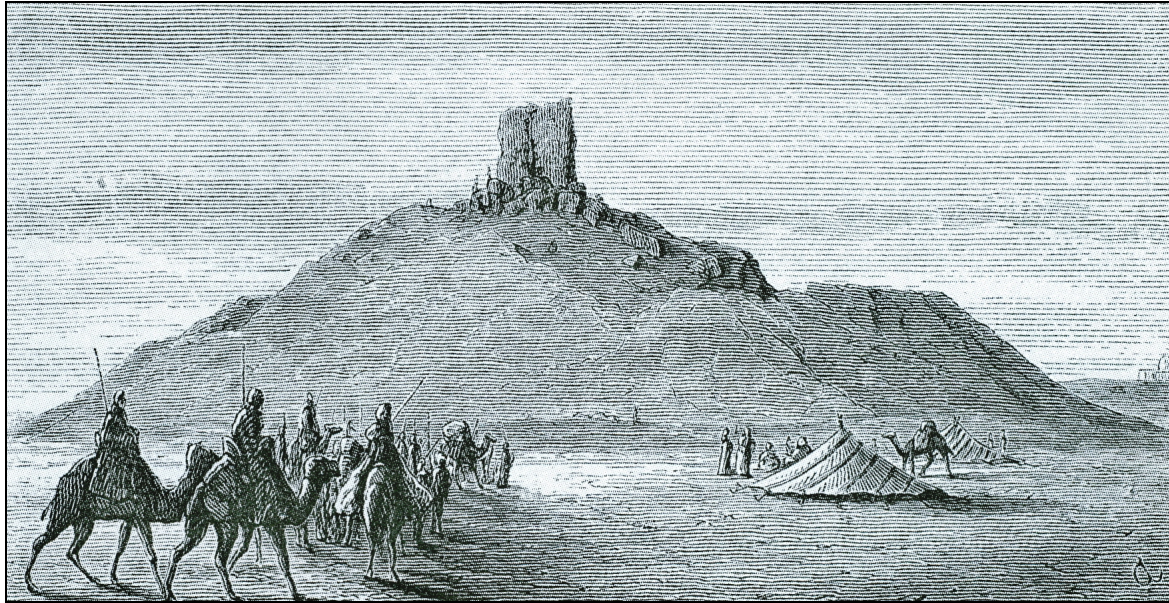


Fig. 8. Grabado de las ruinas de Birs Nimrud, según Newman, 1876
(en M. T. Larsen.- The Conquest of Assyria. Routledge, London 1996, fig. 6.1)

La vista de la torre era la misma, prácticamente, que habían descrito tantos otros viajeros antes que él. En lo más alto “una masa de ladrillos, de doce metros de elevación por seis de ancho y cuatro de grueso” ...”los ladrillos han ido cayendo por todos lados, y en la cúspide hay una hendidura que pronostica ruina total”¹⁵⁵. Como subió hasta arriba, pausadamente, se dio cuenta de la existencia regular de lo que llama “intersticios de

¹⁵² A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 102; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122.

¹⁵³ Walter Andrae, que en 1902 y bajo la dirección de Robert Koldewey, excavó una temporada en Borsippa, recordaría en sus memorias que a finales de febrero y comienzos de marzo, la gran llanura entre Babilonia y la ciudad de Nabu parecía un mar. Así, W. Andrae.- *Lebenserinnerungen eines Ausgräbers*. Verlag Freies Geistesleben GMBH, Stuttgart 1988, 98. Versión española en, W. Andrae.- *Memorias de un arqueólogo. Viajes y descubrimientos alemanes en Babilonia y Asiria*. Edición de J. M^a Córdoba. Ediciones del Viento, La Coruña 2010, 131.

¹⁵⁴ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 102; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122.

¹⁵⁵ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 103; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122. Es curioso que la parte superior de la zigurat de Borsippa, todavía hoy esté más o menos como Rivadeneira describe, pero su negro vaticinio, felizmente, no se ha cumplido. A decir verdad, la hendidura a la que se refiere se veía ya en el siglo XII, cuando Benjamín de Tudela visitó las ruinas. Así se entiende que dijera “cayó fuego en su interior partiéndola hasta lo más profundo”. Véase, Benjamín de Tudela.- *Libro de viajes de* Edición de J. R. Magdalena Nom de Déu. Riopiedras Ediciones, Barcelona 1989, 97. Los viajeros del XIX la contemplaron así, y numerosas ilustraciones de la época anterior y posterior a Rivadeneira -como las acuarelas y grabados de R. K. Porter, o uno muy repetido de Newman- así lo recuerdan. Hace mucho tiempo, la Dirección de Antigüedades de Iraq aseguró la estabilidad de la ruina mediante cables de acero. Y ahí sigue, recordando miles de años de historia.

veinticinco centímetros cuadrados que atraviesan la fábrica de parte a parte, con objeto, creo yo, de que, penetrando el aire, la solidificase”, y notando, finalmente y en lo más alto, los “tres inmensos pedruscos volcánicos que ignoro de dónde habrán venido”¹⁵⁶.

Viene luego una larga digresión sobre la identificación de Borsippa con la torre de Babel, así como el significado del topónimo con el que entonces y hoy se conocía el monumento. Respecto a la primera cuestión, recuerda Rivadeneyra que H. C. Rawlinson, basándose en una inscripción por él traducida, pensaba que Birs Nimrud había sido la famosa torre de la confusión, dado que la Biblia y la Historia se mezclaban aún de forma sorprendente. Pero el viajero español se atreve a disentir, con lógica evidente, recordando que la gran torre había estado en el centro de la ciudad, como se manifiesta en múltiples fuentes, mientras que Birs Nimrud dista “nueve millas de Hilla”, y que si la torre había dominado el paisaje urbano de una ciudad de quince millas de lado, sería de todo punto imposible una propuesta como la apuntada por el británico. A finales de aquel siglo y en las dos primeras décadas del XX, la misión alemana dirigida por Robert Koldewey demostraría que la enorme colina de Birs Nimrud había sido, realmente, la zigurat del templo del dios Nabû en su ciudad de Borsippa¹⁵⁷. Y que la famosa torre de Babilonia había presidido el corazón de la capital de todo aquel mundo, un poco al norte de la enorme colina de Amran Ibn Ali, aunque sus ruinas, casi enrasadas cuando Alejandro quiso emprender su reconstrucción, habían permanecido invisibles durante siglos a los ojos de los viajeros¹⁵⁸. Modernas excavaciones en Babilonia¹⁵⁹, dirigidas por Hansjörg Schmid, terminarían por concretar la forma, situación y proceso histórico cierto de una de las más famosas construcciones de toda la Antigüedad, pero eso sí, en el corazón de la ciudad de Babilonia. Otras, a cargo de Helga Trenkwälder y W. Allinger-Csollich han recobrado la imagen actualizada de la ciudad de Borsippa y sus impresionantes monumentos¹⁶⁰.

Y sobre el topónimo mismo, en verdad bien extraño -Birs Nemrud, esto es, el pozo de Nemrod-, con la misma lógica escribe Rivadeneyra que no se atreve a discurrir, pues por una parte no había pozo alguno, y cuanto hallaba en la Biblia no le sacaba de duda. Por lo que, ingenioso, dice que tal vez, “los seleucidas denominasen aquella ruina: *πυρα Νεποδου*, es decir, montón u hoguera de Nemrod, y careciendo los árabes de la voz *p*, guardarán la palabra griega en forma de *bir*”¹⁶¹. En fin, dejando aparte sus reflexiones históricas, el viajero español recordaría el último momento de su visita a Babilonia y sus alrededores con un punto romántico, tal y como hiciera días atrás, al pie de la colina de Babil. Desde lo más alto de Birs Nimrud contempló el aspecto de aquellas comarcas, otrora pobladas y entonces poco menos que desérticas: algunas casas en el camino de Nayaf y

¹⁵⁶ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 103; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 122. El supuesto “basalto” debería estar en relación a otra evidencia: que la gigantesca estructura ha ardido en algún momento. R. M. Boehmer pensaba que debió suceder hacia el 480 a. C., cuando las represalias de Jerjes. L. Trümpelmann supuso a su vez que encima de Borsippa había ardido la pira de Alejandro. Lo que parece basalto es fruto de la combustión lenta de las masas de revestimiento vidriado, del incendio que esparcido por los canales de ventilación y mantenido así días y días, haría de Borsippa un verdadero infierno durante mucho tiempo. Lo curioso es que la fecha que se propone hoy sea muy posterior, hacia el 700 d. C., en pleno periodo islámico. Así W. Allinger-Csollich.- “Der Turm von Babel - Idee und Nachleben”, en J. Marzhan, G. Schauerte (ed.)- *Babylon Wahrheit*. Staatliche Museen zu Berlin, Berlin 2008, 567-584. Vid. 580.

¹⁵⁷ R. Koldewey.- *Die Tempel von Babylon und Borsippa*. 15. WVDOG, Leipzig 1911.

¹⁵⁸ F. Wetzel.- *Das Hauptheiligtum des Marduk in Babylon, Esagila und Etemenanki*. 59. WVDOG, Leipzig 1938.

¹⁵⁹ H. Schmid.- *Der Tempelturm Etemenanki in Babylon*. Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung Baghdad. Baghdader Forschungen, Band 17. Verlag Philipp von Zabern, Mainz 1995.

¹⁶⁰ H. Trenkwälder.- “Report about the Excavations in Borsippa. Second Season 1981”, *Sumer* XLI, 1-2 (no figura el año), 101-104. W. Allinger-Csollich.- “Birs Nimrud I: Die Baukörper der Ziqqurat von Borsippa, ein Vorbericht”. *Baghdader Mitteilungen* 22 (1991), 383-499; “Birs Nimrud II: Tieftempel-Hochtempel: Vergleichende Studien Borsippa-Babylon”. *Baghdader Mitteilungen* 29 (1998), 95-330.

¹⁶¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 105; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 123.

Karbalā', algunos camelleros y sus rebaños hacia el norte ... *“todo un campo azul reflejando las doradas trenzas del astro día”*, pero también por aquella extensión inmensa flotaba el recuerdo del pasado *“que allí dura y durará eternamente”*¹⁶².

4. DE FORTUNA, LIBROS Y LADRILLOS

Acabada la aventura de Babilonia, el viaje y la vida de Adolfo Rivadeneira siguieron su curso. De vuelta a Bagdad quiso abreviar el resto de su viaje cuanto fuera posible, incluso cruzando el desierto de Siria y la enorme soledad que se abre entre Faluya y Damasco, por la pista que entonces las comunicaba casi en línea recta. Pero la estación veraniega lo impedía, así que resolvió tomar la ruta septentrional. Aprovechando la compañía del correo oficial, el *táatar*, y las postas que el gobierno turco había establecido para tal fin, el 3 de julio salió de Bagdad a caballo, y a tan buen trote que el día 6 por la tarde alcanzaba Kirkuk¹⁶³, ciudad que le reportó una estancia muy agradable. Pero no voy a recordar ahora su viaje hasta Damasco, pues se sale de la intención con la que comencé estas páginas, así que nos limitaremos a seguirlo con brevedad. Me gusta anotar, eso sí, que tras dejar Kirkuk y proseguir su camino hacia Mossul en la tarde del día siguiente, a la una de la madrugada del 8 de julio atravesó Rivadeneira *“el Sab (sic) menor o, como lo llaman los turcos, altun su, el agua de oro, por un puente romano parecido a los que existen en Siria”*¹⁶⁴. Y es que en la segunda mitad de los años noventa y comienzos de la primera década de nuestro siglo, cuando la primera misión española trabajaba en Tell Mahuz¹⁶⁵, a la orilla izquierda del Zab Menor y a unos cincuenta kilómetros al sur del punto donde Rivadeneira debió cruzarlo, muchas veces me acordé de su paso, de su sabia y valerosa experiencia. Tampoco cabe obviar, en fin, que pasó por Arbil -ese enorme *tell* vivo, que le pareció casi idéntico al de Kirkuk- y que en Mossul -donde el 16 de julio redactaba los recuerdos de este primer tramo de su marcha final hacia Damasco-, no pudo dejar de visitar las ruinas de Nínive, recordando *“las diversas excavaciones hechas por primera vez, veinte años atrás, por los cónsules de Francia y de Inglaterra, señores Botta y Layard”*¹⁶⁶, comprobando que las galerías subterráneas se habían hundido, hallando aquí y allá ladrillos y losas de piedra con inscripciones, esculturas y bajorrelieves de alabastro que describe, y recordando que allí mismo había encontrado Layard la biblioteca de Assurbanipal¹⁶⁷.

También se acercó a las cercanas ruinas de Jorsabad, donde en 1844, gracias a las excavaciones de P.É. Botta, la imagen y la historia verdadera de Asiria había vuelto a la luz. Allí vio aún relieves *in situ*, columnas y *“restos de un acueducto de ladrillos en bóveda ojival”*. Pero lo que más le sorprendió es que hubiera sobrevivido entre los escombros, *“un trozo de archivolta esmaltado de unos veinte centímetros de largo por seis de ancho, con flores y figuras rectilíneas, de color blanco, rojo y azul claro”*¹⁶⁸. Por cierto, más adelante anotaré en su libro que en Mossul tuvo ocasión de hojear *“la obra publicada a expensas del gobierno francés sobre las ruinas de Ninive”*¹⁶⁹. De nuevo en su

¹⁶² A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 105; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 124.

¹⁶³ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 116; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 130.

¹⁶⁴ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 119; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 132.

¹⁶⁵ Me remito a lo dicho en la introducción y en la nota nº 3.

¹⁶⁶ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 131-132; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 138.

¹⁶⁷ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 134; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 139-140.

¹⁶⁸ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 134-135; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 140.

¹⁶⁹ A. Rivadeneira.- Op. cit. (1871), 164; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 157. Se refiere naturalmente a los monumentales volúmenes de P. É. Botta -cinco maravillosos, enormes y pesadísimos tomos, cuatro de láminas y uno de texto-, aparecidos en 1849-1850, que Victor Place había traído consigo en 1852, con ocasión de la segunda misión francesa en Jorsabad, y que debían conservarse en el consulado de Francia, donde posiblemente los vio A. Rivadeneira, aunque en el texto no aclare dónde los contempló.

alojamiento, otro día viajó a caballo hacia el sur, hasta Nimrud, para visitar las ya célebres excavaciones de A. H. Layard. Comprobó allí que cuanto los arqueólogos habían dejado a la luz se había desplomado, aunque en muchos sitios se distinguieran aún bajorrelieves. Uno de ellos, con la escena del cruce de un río, le llamó especialmente la atención porque los botes o barcas redondas usadas por las tropas asirias eran “*de la misma forma y tamaño que aquellas que vi al subir el Tigris*”¹⁷⁰. También recuerda que allí había descubierto Layard el palacio de Assurbanipal, y que gracias a las largas inscripciones se había reconstruido ya la historia del monarca. Y acaba el recuerdo de sus visitas a los yacimientos emblemáticos de Asiria destacando que “*hoy por hoy Nínive ofrece mucho más interés que Babilonia*”¹⁷¹.

Continuó luego el viaje a caballo al endiablado ritmo del correo oficial, hasta Diyarbakir, pasando por Nisibis y Mardin. A cubierto de las murallas de la ciudad, que describió al verlas “*flanqueada como de sesenta y dos negruzcos torreones*”¹⁷², confiaba a la pluma sus recuerdos del trayecto seguido desde Mossul, tan duro y exigente que las gentes se quedaban asombradas al verle, porque se “*extrañaban que un frangui fuera capaz de seguir al táatar, sinónimo de arrojado y valiente*”¹⁷³. Tras recuperarse en uno de los baños árabes -pues “*reaniman y aligeran el cuerpo*”-, y cuyo proceso describe pormenorizadamente en todas sus fases¹⁷⁴, dedicó los tres días de forzada espera hasta la salida del siguiente correo a visitar la ciudad, que le pareció magnífica y definió como una “*de las mejores de Oriente*”¹⁷⁵.

Las ochenta leguas que mediaban entre Diyarbakir y Aleppo fueron muy duras. En este camino recibió la atención y hospitalidad de un jeque beduino de los Schammar¹⁷⁶, con quien compartió algunas horas y con el que habló largo y tendido “*de la India, de Mossul, de Bagdad y aún de España*”, ocasión que aprovecha en su libro para describir las cortesías y la forma de vida de aquellos habitantes de las estepas, así como para alabarlos, diciendo entre otras cosas que se piensa en Europa “*que los beduinos son salvajes, siempre dispuestos al robo y al asesinato, tal vez por desconocer el telégrafo y el vapor, sin tener en cuenta que los hombres han de juzgarse en todas partes bajo el doble concepto del saber y de los sentimientos*”¹⁷⁷. Despidiéndose con mutuo afecto y expresiones de sincera amistad, prosiguió la marcha pasando por Urfa y Birecik, vado tradicional del Éufrates, hasta alcanzar Aleppo, donde pudo descansar algunos días, cómodamente alojado en casa de su amigo Andrés Marcopoli, cónsul de Portugal y comerciante activo en aquella ciudad. Aleppo le maravilló con su arquitectura, su vitalidad, la impresionante fortaleza, los tipos y las gentes, tantas y tan variadas, y por eso le dedicaría largas páginas¹⁷⁸. Por fin, el día 12 de agosto se puso en marcha para cubrir su última etapa y, tras pasar por Hama y Homs, a la medianoche del 14, desde lo alto de un monte vio ante sí la “*famosa ciudad de Damasco*” ... “*donde el susurro de abundantes aguas, las auras frescas y embalsamadas, eran precursoras y agüero evidente de la tranquilidad que al fin iba a gozar*”¹⁷⁹. Adolfo Rivadeneyra había alcanzado su destino.

¹⁷⁰ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 136; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 141. Véase el texto citado en la nota nº 50 de este trabajo.

¹⁷¹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 136; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 141.

¹⁷² A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 153; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 151.

¹⁷³ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 154; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 151.

¹⁷⁴ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 155-158; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 152-153.

¹⁷⁵ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 158; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 154.

¹⁷⁶ Beduinos tan amados y estudiados luego por Max von Oppenheim. Así, A. Nippa.- „Tugendreiche Männer. Beduinenforschung”, en G. Teichmann y G. Völger (eds.).- *Faszination Orient. Max von Oppenheim. Forscher - Sammler - Diplomat*. DuMont Buchverlag, Köln 2003, 140-175.

¹⁷⁷ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 175; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 164-165.

¹⁷⁸ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 188-201; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 173-180.

¹⁷⁹ A. Rivadeneyra.- Op. cit. (1871), 213; Op. cit. -edición de FE-, (2006), 187.

En la capital siria tomo posesión efectiva de su viceconsulado y comenzó el ejercicio de sus responsabilidades. Una de ellas, por cierto, acompañar al resto de la delegación española a las solemnidades que tuvieron lugar en Egipto, con ocasión de la inauguración del canal de Suez, en noviembre del mismo año 1869. Pero apenas tenemos información de esta aventura. Su amigo, el arabista Eduardo Saavedra, recordaría la empresa en el elogio académico póstumo que le dedicó a su muerte, en la sesión pública de la Sociedad Geográfica del 28 de marzo del año 1882¹⁸⁰. A Suez iría también entonces el primero de los arabistas españoles, el gran Pascual Gayangos¹⁸¹. Habida cuenta de las amistades portuguesas de Rivadeneira, como el citado cónsul luso en Aleppo, Andrés Marcopoli, acaso tuvo ocasión de coincidir allí, y por igual motivo, con el también diplomático y escritor José María Eça de Queirós, autor de un desternillante relato sobre la inauguración del canal y los avatares que vivieron cuantos formaron parte de aquellos actos y la primera navegación oficial por la nueva y estratégica vía de agua¹⁸². Anécdotas aparte -terreno fértil para la mordaz ironía de E. de Queirós-, las impresionantes ceremonias y los actos suntuosos¹⁸³ se tradujeron en enormes créditos a usurarios intereses, que acentuaron la bancarrota egipcia y el intervencionismo franco-británico. Así que en 1882, la reacción nacionalista del coronel Ahmad Arabi dio a los ingleses la excusa ideal para bombardear Alejandría, ocupar el país y conquistar el ansiado canal¹⁸⁴. Aunque esto no lo vería Rivadeneira, algunos meses antes fallecido.

Su destino en Damasco no sería demasiado largo. En julio de 1870 cesó en el mismo, volviendo a España; como consecuencia de los cambios políticos, a finales de año tuvo que volver a solicitar su reingreso al servicio activo, lo que no consiguió hasta su nombramiento como vicecónsul en Teherán, en diciembre de 1873. Allí cumplió con su misión y llevó a cabo un largo viaje de estudio y exploración, que duró casi un año, del que sería testimonio otro libro magnífico. Con licencia por enfermedad volvió a España, y en 1876 le vemos dedicado a las actividades de la Sociedad Geográfica. Nuevos nombramientos en Singapur -como cónsul en 1878, aunque no llegara a tomar posesión-, y cónsul en Mogador, poco después, cerrarían su actividad diplomática y su trayectoria vital, toda vez que inesperadamente, el 6 de febrero del año 1882, murió cuando apenas contaba cuarenta años de edad.

La fortuna no fue demasiado generosa con Adolfo Rivadeneira. No sólo por su prematura muerte, sino porque ninguno de los caminos por él abiertos serían entonces proseguidos. Su también amigo y profesor de sánscrito, Francisco García Ayuso¹⁸⁵, murió en 1897 sin conseguir, como Rivadeneira, que el Oriente de asirios y babilonios tuviera presencia alguna en nuestra investigación. La proximidad de Marruecos pesaba demasiado, y la cortedad de nuestros claustros académicos o la pusilanimidad de nuestros políticos

¹⁸⁰ E. Saavedra.- “Discurso en elogio de D. Adolfo Rivadeneira”, *Boletín de la Sociedad Geográfica* 12 (1882), 12, 495-513. Vid. 499.

¹⁸¹ B. López García.- Op. cit. (2011), 150. F. Escribano Martín.- “Pascual de Gayangos (1809-1897) y los orígenes del orientalismo”, en J. M^a Córdoba, M^a C. Pérez Die (eds.)- Op. cit. (2006), 258.

¹⁸² J. M^a Eça de Queirós.- *Estampas egipcias*. Traducción y prólogo de M. López-Vega. Impedimenta, Madrid 2012. Se recogen aquí tres relatos del escritor portugués: las *Estampas egipcias*, que dan título al volumen, *La inauguración del canal de Suez y Los ingleses en Egipto*. Para el relato que nos interesa, véanse 81-105.

¹⁸³ E. Rogan.- *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*. Crítica, S. L., Barcelona 2011, 159-160.

¹⁸⁴ A. Hourani.- *A History of the Arabs Peoples*. Faber and Faber Limited, London 2005, 283.

¹⁸⁵ F. Escribano Martín.- Op. cit. (2001), en J. M^a Córdoba y otros (eds.)- Op. cit. (2001), 107-116. Del mismo, “Francisco García Ayuso (1845-1897), filólogo y orientalista”, en J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Die.- Op. cit. (2006), 259-260.

también¹⁸⁶. De aquel bravo viajero, diplomático, orientalista y arqueólogo no nato se guardó recuerdo durante algún tiempo, el mismo que duró el fervor de la Sociedad Geográfica por las exploraciones, el mismo que duró la vida de otro de sus mejores amigos y que mejor le conoció, Eduardo Saavedra. En esos años, sus libros tuvieron cierta fama. Su relato del viaje por Iraq, *Viaje de Ceylán a Damasco* (1871), y los tres volúmenes de su gran libro de viaje y exploración por Irán, *Viaje al interior de Persia* (1880), eran ambos excelentes y se leyeron no poco. Incluso tuvo cierta fama una imagen fantástica, difundida por las páginas de *La Ilustración Española y Americana*, un cuadro luminoso y veraz como pocos, que ilustraba un episodio de su exploración por Irán. Y es que a instancias del mismo Rivadeneyra, que lo quería como recuerdo, José Luis Pellicer Feñé había pintado la escena que tituló *Llegada a Dizful del gobernador del Loristán y Arabistán y del vicecónsul de España*¹⁸⁷. Aquel cuadro, único en su género, lo legaría al estado en su testamento¹⁸⁸. Además, sus hallazgos en Babilonia, aquellos que cargara en sus alforjas y que con él cabalgaron durante miles de kilómetros, acabarían en el museo Arqueológico Nacional. Pocos años antes de morir, un expediente del Museo Arqueológico Nacional registraría la adquisición, a Don Adolfo Rivadeneyra, de una lista de veinte objetos procedentes de Oriente. Entre ellos se citaban “*dos ladrillos de la Torre de Babel -en cajas*”, “*otro roto de los alrededores de Bushir, con inscripción cuneiforme de la primera época*” y “*fragmento de columna de Susa, con inscripción cuneiforme*”¹⁸⁹. Era lo primero que nuestro museo nacional iba a atesorar de las viejas culturas de Oriente.

Pero al fin y a la postre, los amigos murieron, los libros se olvidaron en las bibliotecas, los objetos recogidos en Babilonia se adormecieron en las vitrinas, y el lienzo de Pellicer terminó arrumbado, e incluso su verdadero título y lo que representaba, oculto bajo la ominosa descripción de una anónima e incomprensible “*escena de Marruecos*”. Y a lo largo de casi cien años todo permanecería ignorado.

5. EPÍLOGO

Vitae brevis est cursus, gloriae sempiternus, escribió Cicerón en defensa de Publius Sextius¹⁹⁰. Y como colofón de la exploración de Adolfo Rivadeneyra en Babilonia, de su corta vida y su interrumpida aventura en búsqueda de la Antigüedad remota de los pueblos de Arabia, Irán, Mesopotamia y Siria, algo semejante podría decirse de él. Porque si el curso de la vida le fue breve, el de su gloria ha de durar siempre. Al menos mientras existan las salas del Museo Arqueológico Nacional, trabajen misiones españolas en cualquiera de los rincones de Oriente, o estudiantes y curiosos lectores se adentren en la lectura de los mejores libros de viaje y exploración del siglo XIX. Su recuerdo y su ejemplo nos acompañarán siempre, como el de Donny George, de vida corta y valor probado, defensor del patrimonio de la Humanidad. Y la figura de ambos se unirá en la conciencia de cuantos españoles, algún día, viajando por una carretera del sur de Iraq,

¹⁸⁶ Puede que asentar intereses políticos en la llamada Turquía asiática estuviera fuera de nuestras capacidades, pero el saber y la ciencia sí podían haber encontrado un hueco, contando con personas como A. Rivadeneyra, Francisco García Ayuso y algunos más. En todo caso, la limitación a Marruecos fue un hecho, tanto que con razón se ha dicho que el orientalismo español terminó siendo africanismo, o que Marruecos se convertiría en nuestro Oriente. Así, V. Morales Lezcano.- *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid 1988,17-28.

¹⁸⁷ J. M^a Córdoba.- “Rivadeneyra en Dizful. Notas sobre un óleo dedicado a la aventura española en Oriente”, *Espacio, Tiempo y Forma II*, 24 (2011), en prensa.

¹⁸⁸ F. Escribano Martín.- Op. cit. (2001), 112.

¹⁸⁹ F. Escribano Martín.- Op. cit. (2001), 19. MAN. Archivo. 1878. Número de orden 22.

¹⁹⁰ Cicerón.- *Pro P. Sextio*, 21, 47.

pocos kilómetros antes de Hilla, exclamen al ver una gran colina en lejanía:
¡Babilonia! ¡Babilonia!



*Fig. 9. Ladrillo con inscripción cuneiforme,
cogido en Babilonia por Adolfo Rivadeneira.
MAN 82/70/3
(en J. M^a Córdoba y M^a C. Pérez Díe,
eds., 2006, 202, n^o 56)*